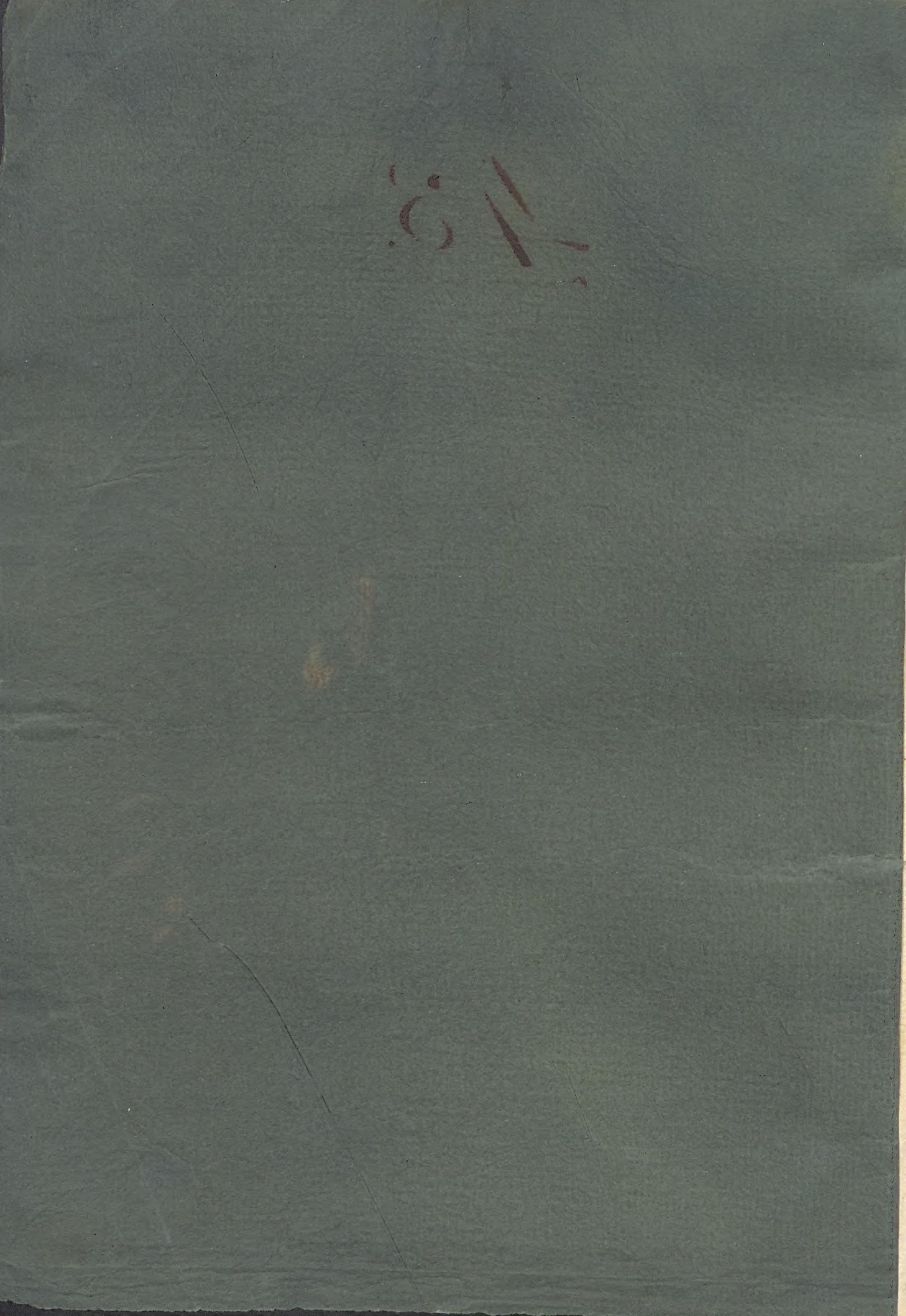
43



COMEDIA NUEVA.

LA EUGENIA.

TRADUCIDA

DEL FRANCES AL CASTELLANO.

ACTORES.

El Baron Harteli, padre de Eugenia.
El Lord Conde de Clarendon, amante y creido esposo de la dicha.
Mad Murer, Tia de
Eugenia, Hija del Baron.
Carlos, Hermano de Eugenia.
Corbeli, Capitan de alto bordo.
Drinc, ayuda de camara del Conde.
Betsi, Criada de Eugenia.
Roberto, Lacayo de Mad. Murer.
Criados armados que no hablan.

ACTO PRIMERO.

Salon à la Francesa de mejor gusto: al fondo habrá dos cofres, algunas maletas, y lo que manifieste acabar de llegar sus amos. Aun lado una mesa con recado de servir café. Las Damas estarán sentadas cerca. Madama Murer leyendo junto á una de las luces. Eugenia tendrá alguna labor de bordado. El Baron estarà sentado detrás de la mesa, y Betsi à su lado en pie con un plato, un vaso y una botella de camino: echa de beber al Baron, y luego mirando à todas partes dice.

Bet. QUE bueno está todo esto!
aunque lo que mas me peta
es el quarto de mi ama.
Bar. Qual? este de la derecha?
Bets. Si Señor, y á un corredor
se sale por esa puerta
que al quarto de mi Señora
comunica una escalera.
Bar. Ya lo entiendo: ese de arriba.
Mad. No salis? que ya son cerca
de las ocho.
Bar. Si Señora:
raro ha que con impaciencia
estoy aguardando un coche.
¿Y tu, mi querida prenda,
no me dices nada? hija,
¿que se han hecho las modestas
alegrias de tus ojos,
y tu natural viveza?
Eug. Estoy un poco cansada
del camino.
Bar. La molestia
no será mucha, pues has
pasado la tarde entera
en el Jardin con tu Tia.
Eug. ¡Está la casa tan bella!
cierto que está primorosa.
Mad. Aqui como en todo muestra
nuestro Conde su buen gusto;
y os aseguro que en ella
nada habrá que desear.
Eug. Sino que su dueño venga *ap. y vas.*
Sale. Rob. Señor, el coche.
Bar. Está bien.
Sacame con ligereza
mi sombrero, y mi baston.
Mad. Es preciso, quando puedas
Roberto, desocupar
estos cofres y maletas,

poniendolo todo en orden.

Bar. ¿ Donde dices que se hospeda el Capitan Corbeli ?

Rob. En el barrio bajo , cerca del baño.

Bar. Ya sé donde es. Dale al Cochero las señas. *vas. Rob.*

Mad. Espero no olvidareis que la obligacion primera de todas es visitar al Lord Conde , aunque se sepa que está en Vindsor : es un hombre muy galan , de la primera clase , muy amigo mio, y nos dá esta casa mientras estemos en Londres : con que mas que atencion será deuda este obsequio.

Bar. Oh ! el Conde tal... *remedandola.* muy galan , de la primera clase , muy amigo mio... ¡Qué bien que todo esto llena la boca de una muger vána !

Mad. Qué no os hace fuerza? no quereis ir ?

Bar. Si Señora; pero tres veces con esta me lo habeis ya dicho. Iré á presentarme à la vuelta de casa del Capitan, que es primero.

Mad. En quanto á esta visita hareis lo que os guste: que á mi nada me interesa, ni le quiero ver aqui.

Bar. Tambien es buena estrañeza con el hermano de un hombre que de oy á mañana espera desposarse con mi hija...

Mad. Aun no está la boda hecha.

Bar. Pero es lo mismo.

Mad. No lo es. Valgame Dios , y que ideas, Señor tan irregulares se os ponen en la cabeza! Casar vuestra amada hija con un hombre de setenta á mas años , que no tiene sino unas escasas rentas, y mas ridiculo aun (segun todos lo contextan) que su hermano el Capitan ! que á la verdad no es pequeña ponderacion.

Bar. Poco á poco hermana , que en mi presencia no sufriré que se ultrage un Oficial de entereza, de valor , y de amistad tan antigua , y tan estrecha conmigo.

Mad. Yo no desprecio su valor , ni su nobleza; lo que yo quiero decir es que necesita Eugenia un marido de su edad, que la conozca , y la quiera.

Bar. Eso no será tan facil, segun los hombres de oy piensan.

Mad. Ese es un motivo mas para escogerle que sea amable.

Bar. Un hombre de bien.

Mad. No son virtudes opuestas.

Bar. Casi siempre ; pero en fin toda mi palabra media, y esto ha de ser.

Mad. No es dificil conseguir el que la vuelva.

Bar. ¡ Qué muger ! ¿ pero os parece que en tal caso me volviera el convenio que hemos hecho de pagar dos mil guineas el primero que del trato se retire , ò se arrepienta ?

Mad. Ni yo quiero disputar; ni vos en la inteligencia de mi oposicion debisteis concluir esta materia: y asi aunque os cueste el dinero, no conseguireis que os ceda mi dictamen. Me hallo viuda hacendada , y con riqueza: mi Sobrina está pendiente de mi gusto , y solo espera

su fortuna de mi mano;
y es justo, despues de muerta
su madre (que de Dios goze)
como me tocó la pena
de educarla, que me toque
tambien la de establecerla:
lo he dicho cien veces; pero
no hay forma que se me atienda.
Bar. Inutil será escucharos.
Yo me voy. A Dios, Eugenia,
que tu me obedecerás.
No es asi? tengo mil pruebas
de tus respetos. A Dios. *vase.*
Mad. Alla vayas, y no vuelvas
con tu Corbeli. Sobrina,
si examino tu estrañeza
tambien yo te desconozco.
No admiro que te estremezcas
á la vista de tu padre
conociendo la fiereza
de su genio, y las resultas
que puede haber quando sepa
que estás casada; lo que
admiro es que te mantengas
conmigo del mismo modo.
¿Qué significa esa nueva
melancolía, ese llanto
reprimido, esa tristeza?
¿que he dejado yo de hacer
por ti? conociendo que era
el Conde de Clarendon
la mas grande conveniencia
que para qualquiera Dama
habia en toda Inglaterra,
te casé con el. Tu esposo
precisado de una urgencia
grave se apartó de ti;
lloré contigo su ausencia;
conocí que deseabas
acreditar tu fineza
viniendo á Londres á verle,
pretexté causas honestas
de traerte, y te acompaño.
¿Pues dí, que hay que no convenga
con tus deseos?
Eug. Ay Tia!
no sabeis lo que me inquieta
mirar á mi padre, estando
casado sin su licencia:
y por otra parte. Ah!.. El Conde
si tan fino me quisiera,
¿acertára á retirarse
de esta casa quando llega
una esposa que en sus cartas
le anticipó la advertencia
del dia, y aun de la hora
de su arribo?
Mad. Considera
que está en Vindsor con la Corte;
y un hombre de su grandeza,
y conexiones á veces
tiene precision...
Eug. Pequeña
causa! qué mudado está!
Mad. Que quieres decir? ¿que piensas?
Eug. Que si yo hubiese advertido
en él la misma tibieza
quando recibir su mano
me mandasteis, no me viera
oy en la necesidad
de baldonarla, ò temerla.
Mad. Quando yo os mandé, Señora?
yo mandé? quien os oyera
este discurso pensara
que os hice alguna violencia;
y no obstante sino fuese
por mi, ya quizás te vieras
victima de los caprichos
de un padre, que á sus idéas
te sacrifica casada
á disgusto, y con miseria:
muger de un espantadizo
adusto viejo, y sujeta
á vivir triste en la casa
de campo sola, y desierta
de Corbeli, pues no hai medio
tan poderoso que venza
los delirios que mi hermano
consigo mismo proyecta.
Eug. Pero si el Conde ya no
me quiere.
Mad. Quando suceda
asi (que no lo presumo)
¿dexarás de ser Condesa
de Clarendon? ¿pero en que
puedes fundar la sospecha?

¿ no vés en tu esposo un hombre
que con boca, y alma llenas
de gozo sacrificó
todo quanto vale á nuestra
voluntad por la ventura
de conseguir tu belleza ?

Eug. Como me queria entonces...
¡ Ah quantas lagrimas tiernas
vertió quando fue preciso
separarnos ! ¡ como en ellas
le acompañaban las mias
haciendo dulces mis penas
ver que él las anticipaba !
qué tiempo ! qué diferencia !

Mad. Tu no adviertes el estado
en que estás, ni consideras
que en contemplarla fecunda
hace qualesquier belleza
mas preciosa á su marido.
¿ No le has dado parte de esta
felicidad ?

Eug. Si Señora,
por eso me desconsuela
mas su descuido.

Mad. Yo afirmo
que le agravian tus sospechas.

Eug. Con que gusto me culpara
yo misma de injusta y necia?

Mad. Pues aun eres mucho mas
que juzgas : esa tristeza,
ese llanto, esa inquietud
¿ te parece á ti que sean
regulares ?

Eug. Ya conozco
es preciso que mis quexas
se ahoguen en el silencio
para mantener secreta
mi boca ; pero tambien
mantenerse el Conde fuera
de Londres quando yo llego...

Mad. Puede ser que no lo sepa;
y porque te tranquilizes
haré que se lo prevenga
su criado.

Tira del cordel de la campanilla, y sale Drinc.

Drin. ¿ Que me manda
mi Señora la Condesa ?

Mad. ¿ No te han dicho ya que no
la llames de esa manera ?

Eug. Drinc, quando vuelve tu amo ?

Drin. Por instantes se le espera.

Mad. Ves lo que yo te decia ?
vamonos adentro, Eugenia;
y tu mira si ha llegado.

Drin. Bueno, Señora ! ya hubiera
el venido presuroso
á besar las plantas vuestras.

Vanse las dos.

Pues me paga por mentir,
debo por mas que lo sienta
cumplir con mi obligacion.
Un Angel es, una perla
esta Señoríta. Un tigre
amansará su sobervia
á su vista, y es preciso
ser mas cruel que las fieras
para haber asi burlado
una muger tan perfecta,
y abandonarla despues.
No hay que volver á la cuenta.
Mi amo aunque es mas muchacho,
tiene mas mala cabeza
que yo...

Sale el Conde.

Cond. Animo, seo Drinc.

Drinc. No os creía yo tan cerca:
aun os hacia en Vindsor.

Cond. ¿ Vos deciais que no era
vuestra cabeza mas mala
que la mia ?

Drin. ¿ Qué de veras
lo habeis oído ?

Cond. Es seguro
este sitio ?

Drin. Nadie azecha
por aqui : las dos están
cerradas en esa pieza,
y el buen padre ya salió.

Cond. Pues ha venido con ellas ?

Drin. Sin el, y sin un antiguo
pleito que tienen, no hubiera
habido acaso pretexto
para el viage.

Cond. Doble pena:
y quando han venido ?

Drin. A noche.
Cond. ¿Y que dicen de mi ausencia?
Drin. La niña ha llorado mucho.
Cond. Mayor dolor atormenta
mi corazon que no el suyo.
¿Y has reconocido señas
de que sepan mi ajustado
casamiento?
Drin. No lo sueñan.
El diablo tiene interes
en que os salgan bien las cuentas,
y no os perjudicará.
Cond. Y que un picaro se atreva...
Drin. Valga la verdad, Milord:
aqui tenemos expuesta
una Señorita noble
que se juzga hecha y derecha
vuestra esposa.
Cond. Y que no lo es.
Qué mas?
Drin. Que quantas cautelas
se piensen, no han de bastar
á mantener encubiertas
vuestras capitulaciones
con otra. (Que ligereza!)
Quando yo pienso, Señor,
en la diabolica, horrenda
traza que os puso en las manos
esta infelice doncella:
los Eclesiasticos libros,
las Escrituras supuestas,
un Sacerdote formado
alli por las manos vuestras;
qué impiedad! y todos los
papeles de la comedia
repartirlos entre mi,
y otros de vuestra librea,
y tan bien hechos: quien vió
la confianza de aquella
Tia, el rubor y piedad
de aquella Sobrina, mientras
se celebró ceremonia
tan ridicula, y tan fea
en vuestro mismo Oratorio.
Yo no fio mi conciencia;
pero lo que es para vos
y para el alma perversa
del mayordomo que hizo
el Ministro en una Scena
tan execrable, no creo
haya castigo que pueda:..
Cond. Seo Drinc, vos sois el brivon
Furioso.
mas vil que hay sobre la tierra:
Ya no es mi criado: marche;
y si se atreve su lengua
otra vez.. *Dale un bolcillo*
Drin. ¿En que falté
Milord à vuestra obediencia?
Cond. Aborrezco los criados
habladores, y me llenan
en fin de desconfianza
los picaros que se afectan
escrupulosos.
Drin. Pues bien.
Callaré como una piedra.
Mandeme como à un esclavo,
Señor, pero en quanto à Eugenia
es un dolor...
Cond. Tu presumes *templado.*
de hombre de bien; pero cesan
todos tus remordimientos
à vista de las monedas.
No me engañas.
Drin. Si de mi
presumis igual bajeza,
aqui está la bolsa.
Cond. Basta;
pero como te acontezca
otra vez: vén acá, y pues
¿no están en inteligencia
de este fatál casamiento?
Drin. Fatal? ¿pues quien os estrecha
à que se consuma?
Cond. El Rey
que su gusto manifiesta
en la union de las dos casas,
y que ha dado su licencia
ya. Mi Tio que me obliga:
unas ventajas tan ciertas
à mi estado; y sobre todo
el evitar la verguenza
al descorrer la cortina
que mis costumbres perversas
oculta.
Drin. ¿Pero habrá medio

de

de que ocultas se mantengan?
Cond. Oh! yo casado una vez...
Drin. Pero casado de veras?
Cond. Una vez casado...
Drin. Qué
discurris?
Cond. Además que ellas
aqui no tendrán visitas.
Esta casa aunque está cerca
de la mia, está en un barrio
retirado, y mis cautelas
lo remediarán, con que
al punto à Gales se vuelvan:
ves à decirlas que estoi
aqui. Quizá mi presencia
desmentirà sus recelos.
Drin. Recelos? ¿pues se atreviera
ni aun el diablo à maliciar
acciones como las nuestras?
Cond. Tienes razon; pero escucha.
Drin. Señor, ¿sabes tu que tengan
cartas oy por el correo?
Cond. No: pero haz la diligencia
de ir en persona à sacarlas
antes que todo se pierda
si acaso reciben una
de mi Mayordomo. ¡Oh necia
adulacion! desdichado!
¡con que horror en sus postreras
horas se explica conmigo!
ya tu conoces su letra.
Drin. Sí Señor; y ya penetro
quanto de por allá venga.
Cond. Eso es; di que estoy aqui.
Vase Drinc.
Que lexos estoy de aquella
misma quietud que deseo
ostentar! una inocencia
burlada por una parte,
por otra aquellas ingenuas
palabras con que me escribe
la felicidad que espera
de que un hijo en breve hará
mas amable, y mas estrecha
nuestra union: con que placer
sufre todas las molestias
de su nuevo estado! ¡ó si
los hombres hiciesen cuenta
consigo de los pesares
que el ser malvados les cuesta!
las reflexiones de ese hombre
me turban: bastante suenan
los gritos que al corazon
le da mi propria conciencia,
sin que los remordimientos
de mis criados los quieran
hacer mas intolerables.
Yo no es posible que pueda
à sus ojos... el valor
de sus virtudes me aterra,
me oprime: pero ya viene.
¡Que infeliz es y que bella!
Salen Mad. Murer, y Eugenia presurosa, y de pronto se contiene avergonzada; él se acerca, y la toma por la mano temeroso.
Cond. Yo creía que un afecto
mas natural os hiciera
precipitar á mis brazos.
Soy tan infelíz, Eugenia,
que los desmerezco. Ah!
perdonad, Señora, y sea
disculpa de mi descuido
confesarle con verguenza.
Mad. Vos os burlais, Señor Conde;
¿No considerais que dexan
mal eco esos cumplimientos
en una casa que es vuestra?
Cond. Bien mio, ¿quantos pesares
Tomando la mano.
he tolerado en tu ausencia?
y mas en la precision
de retardar mis finezas
à la hora de tu arribo.
Que poco me detuvieran
mi Tio, ni el mismo Rey,
si los empeños de nuestra
union...
Eug. Ha Conde!
Mad. Se aflige
mucho.
Cond. Porque? no suspenda
vuestra voz mi aliento. Hablad.
Eug. Acordaos Señor, de aquella
repugnancia con que os dí
la mano, sin preferencia

del

del voto de nuestros deudos.
Cond. Suspiré mucho por ella
para olvidarla jamás.
Eug. Podia vuestra presencia
contra todos mis discursos
prevalecer ; pero apenas
me vi sin vos , asaltaron
mil imagenes funestas
mi memoria : los consejos
balbucientes de una tierna
dulce madre moribunda,
el defecto de obediencia
á mi padre , los misterios
que acompañaron aquellas
santas ceremonias...
Mad. Fueron
necesarios.
Eug. Vuestra ausencia
para vos indispensable,
y para mi tan tremenda...
Ah ! mi estado... *baja la voz.*
Cond. Vuestro estado ?
¿ felicidad que completa
mis gustos , puede afligiros ?
infeliz !
Eug. Quanto me fuera,
Señor , precioso mi estado
si en él no estubiese expuesta...
Cond. Dueño mio , por el mas
desgraciado me tuviera,
si mis ojos no bastasen
á disipar tus ideas.
Qué quieres de mi ? qué mandas?
Eug. Señor , pues me dais licencia
de pediros ; lo que quiero
es que empleeis la eloquencia,
ese arte de persuadir,
que en vos la naturaleza
depositó , con mi padre.
Puede ser...
Cond. Querida Eugenia...
Eug. Trabajemos todos en
sacar á mi padre de esta
ignorancia en que no puede
permanecer , sin que sea
con delito y daño mio.
Mad. Solo el Conde es quien pudiera
decidir esa question.
Cond. Yo haré todo quanto penda
de mi arbitrio , y me mandeis:
solo que en Londres tan cerca
de mi Tio ; el exponerse
desde luego à la violenta
colera de vuestro padre;
para evitar contingencias
juzgo que mejor seria
callar hasta vuestra vuelta
à Gales.
Eug. Donde vendreis?
Cond. Mi mayor cuidado era
ir à veros allá en breve.
Eug. Dos palabras , quatro letras
que me hubierades escrito
bastaban para que hubiera
suspendido el viage à Londres.
Cond. Han seguido tan de priesa
la partida , y el arribo
à la noticia de vuestra
resolucion , que no puede
escribiros en respuesta
lo que pensaba. Además
que igualaba en la impaciencia
de veros al vuestro mi
corazon. ¿Y suspendiera
yo una jornada en que todos
mis afectos se interesan?
Mad. Que discreto es , y que amable!
Eug. Solo reservo una queja
que daros : lo permitis?
Cond. Permitirlo , amada prenda?
lo suplico : dí.
Eug. Señor,
un amor fino se inquieta
de todo. Me ha parecido
hallar una indiferencia
en vuestras cartas : un aire
de afectacion que rodea
las frases , por escusar
nombrarme en alguna de ellas
vuestra esposa ; y he temido...
Cond. Una vez que esa sospecha
me obliga à justificar
mi propia delicadeza,
lo hare : (no se que la diga)
de modo , mi bien , que mientras
fui tu amante deseaba

con

conquistar con mis finezas
el titulo de tu esposo;
y porque fuesen eternas
en mi despues de casado,
creí que olvidar debiera
mis derechos por usar
los de amor con preferencia
inviolable. Mi designio
en la union que nos alienta,
fue solo juntar la dulce
seguridad que franquean
los gustos honestos á
las fatigas lisongeras
y amables de una pasion
eficaz, y siempre nueva.
Me decia yo: ¡que enlace
tan feliz el que fomentan
de la propia obligacion
las dichas! ¿lloras Eugenia?

Eug. No importa, Señor; dejadme
llorar: la dulzura de estas
lagrimas borra los surcos
de las que vertí en tu ausencia.
Ah querido esposo mio!
tambien tienen las extremas
impensadas alegrias
sus lagrimas.

Cond. Y que bellas!
en que turbacion me veo! *ap.*

Mad. Sobrina, estás ya contenta?

Eug. Nunca volveré á creer
los presagios de mi necia
memoria. Mi corazon
de que poco se amedrenta!

Bar. dent. No daré Mas.

Mad. Conoced
el genio que manifiesta
mi hermano aun antes de entrar.

Cond. ¡Que alma tendrá resistencia
á tantos meritos juntos!

Sale el Baron.

Bar. Que se vaya, y no me vuelva
á provocar. Que Ciudad,
y que costumbres tan necias!
¡Ir á visitar las gentes
que se sabe que están fuera
del lugar!

Mad. Siempre riñendo...

Bar. No es con vos.

Mad. Aunque no sea
conmigo ¿que pensará
al ver una impertinencia
semejante el Señor Conde
de Clarendon?

Bar. Vuecelencia
perdone, Milord.

Mad. Y viene
á ofreceros quanto puedan
sus eficaces oficios
para vuestras dependencias,
y Juezes.

Bar. Que perdoneis
os repito, que ya en vuestra
casa os dirán como he estado
á rendiros mi obediencia.

Cond. Siento, Señor, que os hayais
molestado.

Bar. Que hay, Eugenia?

Cond. Tambien la alegria tiene
sus lagrimas.

Bar. Con franqueza,
Milord, ¿que tal os parece,
aun que no es la vez primera
que la conoceis? de todos
mis hijos, su hermano y ella
me han quedado unicamente;
Si vierais lo alegre que era
antes! pero las muchachas
se nos van poniendo serias
conforme van siendo grandes.
Dexad que casada sea;
y entonces... Ah! si Señor;
por cierto que se me acuerda
tratando de casamientos
el daros la enhorabuena.

Cond. A mi, Señor? solamente
hai una que os agradezca
y reciba, que es la de...
del honor que à mis atentas
veneraciones resulta
de estar à las plantas de estas
Señoras.

Bar. No, no, no es de eso,
sino de la boda vuestra.

Mad. De su boda!

Eug. Cielo justo!

Cond.

Cond. Vos os burlais?
Bar. No de veras.
No soy yo quien lo ha inventado
à fé mia. La respuesta
que me dió vuestro portero
fue que estabais á dar cuenta
en la Corte de la boda...
Cond. Si, ya caigo; una parienta
se casa, y como es costumbre
concurir la parentela
á las capitulaciones,
tuve que asistir à ellas
esta tarde.
Bar. No Señor:
que ya apuré la materia,
y averigué que vos soys
el capitulado.
Cond. Ideas,
è invenciones de criados,
Mi tio que se desvela
por establecerme bien,
me propuso sobre mesa
el otro dia un partido
Mirando à Eugenia.
de la mejor conveniencia;
pero le mostré tan grande
repugnancia à las cadenas
del matrimonio, que no
ha vuelto á hacer insistencia
en ello, ni en este punto
discurro que á hablarme vuelva.
Esto que oyó la familia,
es el origen de ciertas
voces que se han divulgado
por el lugar, sin que tengan
fundamento verdadero,
ni jamás tenerle puedan.
Bar. Perdonad, que no lo dixe
por enfadaros. Cómo esas
presunciones tiene el vulgo
quando un buen mozo frequenta
algunas Damas...
Mad. Mi hermano
parece que está de fiesta.
Permitid nos retiremos.
Cond. No, que con vuestra licencia
yo tengo algunos negocios
en la hora, que me estrechan
á retirar pero si
me la dais paraque vuelva
luego que...
Mad. Jamás vendreis
tan pronto como desea
nuestra voluntad, Milord.
Cond. Señor.
Bar. Solo hasta la puerta.
Vanse los dos con cumplimientos.
Mad. Con que juicio, con que maña,
y con que delicadesa
se ha explicado!
Euge. Reñid pues
á vuestra facil, y terca
Sobrina. Mi corazon
se extremeció con aquella
especie mal entendida
de mi Padre. La fineza
de mi esposo habia ocultado
de su Tio las ideas
por no affigirme sin duda;
pero al fin, ¡con que agudeza
me ha desengañado! como
me miraba! que eloquencia
de sus ojos! Tia! Ah Tia!
quanto idolatro sus prendas!
Mad. Tu eres la mas venturosa
de las mugeres, Eugenia.

ACTO II.

Sale Drinc con un paquete de cartas en la mano y dice al correo que se va.
Drin. Solo á mi habeis de entregar
las cartas: estais en esto?
bien! un hombre prevenido
vale por dos. Vamos viendo
lo que aqui me han entregado.
Preciso es servir á un dueño
que tan liberal reparte
los castigos, y los premios.
He, he, he, hee: al Señor
Baron de Harteli: este pliego
es para el padre... hee, armada
de Yrlanda: este ya veo
que es del hijo. Pase, he, he..
este me pone recelo!
à Madama Murer: para
la Tia, y sinò estoy ciego
esta letra es de Villans
el falso Casamentero

y mayordomo del Conde.
Agarremosle. Torreznos;
si le cogen, la muchacha
hubiera sabido.. pero
segun ha dicho mi Amo
este hombre se está muriendo.
Sepamos lo que la escribe:
pues no he de darle, bien puedo
leerle. De todos modos
el delito es manifiesto,
y algunas veces se logra
Titubea, y al fin rompe y lee.
Saber. (Lee.) *Señora, me veo
en el instante terrible
de ir à dar cuenta al supremo
Juez de todas las acciones
de mi vida.* Lance estrecho!
que cuentas de mayordomos
son muy largas. *Los tremendos
latidos de mi conciencia
me obligan en este tiempo
à reparar en la parte
que pueda, el delito feo
que cometi ò inventé,
ayudando y seduciendo
al Conde de Clarendon
al matrimonio supuesto
con vuestra Sobrina.*
Rep. Mi Amo
bien prevenia los riesgos
de esta carta: es un demonio
para precaverse! fuego!
Sale el Conde.
Cond. Eres tu Drinc?
Drinc. Si Señor.
Cond. Oye, y me voy al momento:
te diré que se me habia
olvidado: tan inquieto,
tan turbado estaba quando
fui de aqui: mi casamiento
que se hace mañana está
en boca de todo el pueblo:
toda la Ciudad lo sabe;
y es preciso que evitemos
entre aqui alguna visita
que pueda descomponerlo.
Drin. Ellas á nadie conocen
en Londres.
Cond. Con todo eso,
yo se que el Padre de Eugenia
es muy amigo de cierto
Capitan Corbeli, que
se halla en el aposento
de mi Tio el Duque todas
las mañanas el primero:
él es muy hombre de bien,
pero tiene el gran defecto
de divulgar por la tarde
en la Ciudad los secretos
que en la mañana confian
los amigos á su pecho.
Drin. Y que especie de hombre es?
Cond. Tu le conoces. En tiempo
de la chica cenó aqui
diez veces.
Drin. ¿Aquel mostrenco
que os quiso enredar con Laura
despues, llevandola el cuento
de que la Condesa habia
pasado aqui el dia entero?
Cond. No.
Drin. Yo debo confundir
las épocas. No me acuerdo.
Cond. Es aquel que casó esta
muchacha que conocemos,
Dama de honor de la Reyna,
con el grande majadero
de Arliton luego que yo
la dexé.
Drin. Ya caigo en ello.
Se quien es.
Cond. Si se presenta...
Drin. Cerrarle como el cartero
el camino. Yo me encargo,
si viene, de detenerlo.
Cond. Yo te lo mando.
Drin. Jamás
los encargos de mi dueño
se me olvidan.
Cond. Y ha venido?
Drin. Toma! ¡y que furioso pliego
de Villans para la Tia,
Señor, he pillado al buelo!
Cond. Si? calla, que Eugenia viene.
Drin. Qué semblante tan risueño!
Sale Eugenia.
Cond. Ya me es imposible huir.
Marcha tu luego.

Drin. Obedezco.
Eug. Oid la mas agradable
noticia.
Cond. Si tu contento
procede de ella...
Eug. Mi padre
está encantado de vuestros
meritos. Yo estaba cierta
de que asi fuese. Alla dentro
queda haciendo vuestro elogio
ahora. Y en el momento
me hubiera echado á sus pies
para darle gracias ; pero
en fin tanto ha dicho , que
duplica el gozo que tengo
de mirarme esposa vuestra.
Si ; Conde mio ; ahora es tiémpo.
Mi corazon está pronto
á declararse.
Cond. Yo tiemblo
solo por ti. ¿ He de exponer
quanto idolatro al efecto
de su furor ? no lo sabes?
Eug. Si ; yo sé que es muy violento;
pero por fin es mi padre,
y tambien es justo y bueno.
Venid , Conde. Vamos que
nuestro profundo respeto
le dasarmará. Este instante
será el mas dichoso. Entremos.
Cond. Eugenia , como tu quieres...
como antes de precavernos...
Eug. Si es cierto que me has querido,
oy es el dia de verlo
con solo esta prueba. Vamos.
No es razon que estés sufriendo
ultrajen á tu muger
las sospechas de los necios.
Los ojos de la malicia
la van siempre persiguiendo.
Dá fin á una situacion
tan penosa ; rompe el velo
que la oculta sonrrojada.
Vamos á echarnos corriendo
á los pies de nuestro padre.
Ven , Conde, que yo te ofrezco
resistirnos.
Cond. Qué dolor!
Eug. Ven , Conde , ven.
Cond. Que tormento!
permiteme que an tes yo
vuelva á verle por lo menos,
y que confirme esa buena
disposicion.
Eug. No , no , quiero ;
que esa se puede mudar:
oy , oy ; ahora es el tiempo
que está la impresion primera
tan en favor tuyo : entremos.
No , yo no te he de dexar.

Sale Madama.

Cond. Señora , venid os ruego;
ayudadme à convencerla.
Mad. El Conde aqui? ya comprehendo *ap.*
porque salió Eugenia tan
apresurada. Qué es esto?
Cond. Porque ha visto á favor mio
en su padre algun afecto,
su alma se ha acalorado,
y quiere sin mas discreto
examen , que en el instante
nuestra union le confesemos.
Mad. No lo hagais. Mi parecer
es al contrario. Idos presto:
porque si sale y os halla;
acaso el segundo encuentro
pudiera hacerle pensar.
Cond. Todo quizás este exceso
nos lo echaria à perder.
Yo me aparto de sus bellos
ojos con menores penas
y sobresaltos , haciendo
solo á su seguridad
este sacrificio nuevo. *vase.*
Eug. Al fin el se va?
Mad. ¿Y tu has
perdido el entendimiento?
Eug. Ni puedo complir con mi
obligacion , ni me atrevo
á mirar á mi buen padre.
Esta es mi vida : su aspecto
me confunde ; su bondad
me acrimina ; sus esmeros,
sus paternales halagos
me humillan, y me averguenzo
de mirar su confianza.
¡Qué detestable , que feo,
que duro es el recibir

alabanzas, conociendo
que no hay merito en nosotros!
Mad. Pero en Londres, donde nuestro
Conde debe tener tantos
reparos, y además de ello;
que vuestro estado no obliga
aun á que apresuremos
semejante confesion.
Eug. Siempre que es mas facil creo
precaver qualquiera mal
que contener sus progresos.
El tiempo y las ocasiones
se presentan siempre huyendo.
Las circunstancias tambien
suelen seguir á los tiempos.
La turbacion para hablar
se aumenta; y á todo esto
sigue la desgracia.
Mad. El Conde
tu esposo es muy Caballero
para exponerte....
Eug. No habreis
como yo reparo hecho
en algunas expreciones
de afectados sentimientos
en su lenguage: actualmente
que lo reflexiono muero.
Aquella sencillez dulce
que me mostraba tan tierno
antes, era mucho mas
agradable.
Sale Drinc, y hace que compone el salon para escuchar.
Mad. No hay remedio.
En yendose, solo piensas
en probar mi sufrimiento.
¿Qué es eso Drinc?
Drin. Unas cartas
que han traido del correo.
Mad. ¿De Irlanda? asi habrá noticias.
Eug. De mi hermano?
Mad. No por cierto,
esta es del primo que sirve
en el mismo regimiento. *lee quedo.*
Eug. Ninguna carta de Carlos?
que podrá ser?
Mad. Dexa tu eso;
A Drin que abre un cofre,
que Betsi lo compondrá.
Dri. Malo! que me han visto el juego. *va.*
Eug. Su semblante me sorprende,
y me aflige su silencio.
Mad. Si él os aflige, Señora,
tampoco os dará consuelo
la carta de Don Enrique
vuestro primo. No hay empleo
mas penoso que la guerra,
ni tampoco mas expuesto.
Eug. Ha muerto mi hermano?
Mad. ¿Acaso
os he dicho yo algo de eso?
Eug. Apenas puedo alentar!
Mad. Pues tanto adelantan vuestros
sustos à mis precauciones,
leed vos misma el suceso.
Lee Eug. *Mi primo gravemente provocado por su Coronel se ha visto precisado à reñir con él, y le ha desarmado: su enemigo ha dado parte à la Corte, y Don Carlos ha tomado secretamente el camino de Londres; pero el Coronel le sigue para acusarle al Ministro.*
Ah! querido hermano! *Sal. el Baro.*
Bar. Con que
porque un instante me duermo
alli hablando con ustedes...
Eug. Mi hermano, Señor, sabemos
que ha reñido.
Bar. Y quien lo dice?
Eug. Don Enrique en este pliego
lo escribe.
Mad. Y ha desarmado
à su enemigo; por cierto
que á no ser su Coronel...
Bar. A su Coronel? lo mesmo
qué á qualquier otro en el caso.
Eug. Padre, Tia, ¿porque medios
le pudieramos salvar?
Mad. Y donde le encontraremos?
Eug. No dice que viene á Londres?
Mad. Pero viene no sabiendo
que estamos aqui nosotros.
Eug. No pudieramos valernos
del Conde de Clarendon?
Mad. El querido Conde? cierto;
si se dignase el Señor
de aceptar en este empeño

sus oficios...

Bar. Por mi vida
que es el remedio estupendo.
Eugenia, dame esa carta: *lee qued.*
olá! que el asunto es serio.

Lee. *Y aunque no consiga el designio que va de perderle, prevenid à mi primo que ande con mucho cuydado, porque el Coronel tiene fama de deshacerse de sus enemigos por qualquiera modo.*

Disparate! un Oficial?
no puede ser.

Mad. Este enredo
me hace volver á pensar
en lo que ha ya mucho tiempo
que os decia yo, Señor.
Si en lugar del pensamiento
de destinar mi Sobrina
á un Militar pobre y viejo,
me quisieseis permitir
que yo pensase otro nuevo
mas ventajoso partido;
las protecciones sabemos
muy bien todos que oy en dia...

Bar. Ahora salimos con eso?
por ultima vez, hermana,
y no se hable mas en ello,
usted gusta de los grandes;
pero yo los aborrezco.
Es demasiado, Señora,
lo que yo á mi hija quiero
para que la sacrifique
á la vanidad sin freno
que os inspiró esas ideas.
Ni yo por vuestros consejos
la quiero hacer desdichada
para siempre.

Mad. No os entiendo:
desdichada para siempre?

Bar. ¿Juzgais que yo no penetro,
y conozco á vuestros grandes?
vedlos en el casamiento
mas igual por la fortuna.
Sus bizarrias, sus ruegos
conquistan una muchacha:
se casan oy mui contentos:
mañana la hacen traicion:
y al cabo de un mes ó menos
la abandonan. La infidencia,
el olvido y los excesos
mas abominables son
un juguete para ellos.
A los desordenes de
la conducta sigue luego
el de todos los negocios,
los bienes mas opulentos
se disipan se enagenan;
y muchas veces todo esto
es lo menor de los males
que padecen sin remedio
sus tristes sus desdichadas
compañeras.

Mad. Yo no advierto
que conexion tenga ese
ya sea falso, ù verdadero
retrato con el asunto
que se trata. Poneis pleyto
á la mocedad, y no
á la clase del sujeto.
En este estado al contrario
es donde juntan mas medios
los hombres; y si son locos
y libres por algun tiempo,
luego despues se corrigen:
y entonces sus mismos deudos,
y las gracias de la Corte.

Bar. Llegan á restablecerlos
de quanto con sus locuras
han disipado; no es esto?
¿y que recompensa puede
solicitar quien no ha hecho
á su patria, ni á su Rey
el servicio mas pequeño?
y quando el principio de esas
mismas gracias es tan feo,
¿no es indignidad contar
sin llegar á merecerlos
con unos grandes favores
que debieran ser por cierto
mucho mejor empleados
en quien sirve? pero quiero
que al fin la importunidad
los arranque de su centro:
yo daré la preferencia
siempre á un Oficial de seso,
y de valor, que los haya
merecido con su esfuerzo,

aun-

aunque esperanza no tenga
de alcanzarlos : y ese es nuestro
Corbeli : sino ha tenido
ningun favor , ningun premio
de la Corte , ha conquistado
la estimacion , y el aprecio
de toda la armada ; lo uno
á mi modo de entenderlo
vale quizá mas que lo otro.

Mad. Pero , Señor , reparemos...

Bar. Pero , Señora , si vos
estais tan pagada de esos
Lordes y Condes , ¿porque
no os casais con uno de ellos?

Mad. Vos mereciais que yo
lo hiciese , y que mi despecho
llevase todos mis bienes
á un apellido estrangero.

Bar. No , no se incomode usted,
hermana , que mientras menos
riquezas tengan mis hijos
vivirán menos expuestos
à hacer mil extravagancias.

Eug. Padre , Tia , siempre opuestos?
¡qué desdichada que soy! *Sal. Rober.*

Rob. Aqui , Señor , está á veros
el Capitan Corbeli.

Bar. No podia á mejor tiempo
presentarse. Dile que entre. *va. Rob.*

Mad. Dile que aguarde un momento.
Si nos dá licencia , solo
hasta que nos retiremos.
Ya os he dicho que es un hombre
á quien yo sufrir no puedo.

Bar. Y que politica es esa,
Señora ? es uno de nuestros
amigos con quien ya está
declarado el parentesco.

Sale el Capitan.

Cap. Buenos dias , Baron mio.

Bar. Capitan , guardeos el Cielo:
parece que ambos jugamos
al escondite.

Cap. Volviendo
á casa me hallé con vuestra
esquela ; vine , y por cierto
que sin veros me volvia.

Bar. Pero porque?

Cap. Uno de vuestros
criados es el mas tenáz,
insolente (no me acuerdo
donde le he visto) queria
echarme de aqui , diciendo
que no habia nadie en casa.

Bar. Quien tal orden les ha impuesto,
hermana?

Mad. Yo no ; porque
no es regular que esperemos
acabados de llegar
visitas.

Cap. Pues ya me alegro
de haber sido porfiado,
por si hay en que complaceros,
y estas Señoras se dignan
de admitir mis rendimientos.

Bar. Capitan , esta es mi hermana,
y esta es la niña que dentro
de poco será la tuya.

Cap. Envidioso me contemplo
de la suerte de mi hermano,
Señora ; á fé que el veros
no me admira de las muchas
precauciones que ha interpuesto
para asegurar su dicha.

Mad. Ha dicho este Caballero
mui bien , que las precauciones
son muy utiles en ciertos
negocios , y cada uno
toma las que puede.

Cap. Pero *Mirando à todas partes.*
donde está?

Bar. Quien?

Cap. Vuestro hijo.

Bar. Mi hijo ? no lo sabemos.

Mad. A que viene esta pregunta,
Señor?

Cap. Pues su contratiempo
no es el que os hace venir
à Londres?

Bar. Ni pensamiento
de tal cosa ; la venida
es por un maldito pleyto
en que solo sé que son
legitimos mis derechos.
Pero vos sabeis la historia
de Carlos?

Cap. Es todo ello
una vagatela , una

gran

gran friolera.
Bar. Yo creo
no hai mas de la falta de
subordinacion por medio.
Mad. Y yo me admiro de como
el Señor tiene el talento
de adivinar ; pues nosotros
en este instante tenemos
la primer noticia.
Cap. Yo
mejor informado vengo:
porque le he visto.
Eug. A mi hermano?
Cap. Si Señora.
Bar. Como? ¿pero
adonde? quando?
Cap. En el Parque
antes de anoche viniendo
à la Ciudad le encontré.
Ha que está aqui de secreto
cinco dias , y no sale
sino de noche , temiendo
las resultas de un acaso
en que desnudó el azero
con su Coronel , y ha
tomado el nombre supuesto
del Cavallero Campley.
No es asi todo?
Mad. Protesto
que aca no sabemos tanto.
Eug. Y como averiguaremos
donde se oculta de dia?
Cap. No sé ; pero me prometo
que me cumpla la palabra
de verme en anocheciendo
en el mismo sitio, y yo
con los amigos que tengo
como sabeis en la Corte,
quizá podre componerlo.
Mad. La unica cosa de que
necesitamos por cierto
es la que ignora el Señor:
que es saber su alojamiento.
Cap. Señora , yo no podia
violentarle hasta el extremo
de que me dixese donde
se mantenia encubierto;
y quando leí la esquela
del Baron , vine creyendo
encontrarle aqui.
Mad. Ignorar
donde está es lo que yo siento:
pues necesitando Carlos
gran Protector , bien podemos
proporcionarle uno que
tiene el mayor valimiento
con el Ministro.
Cap. O Señora,
aqui encontraréis à cientos
hombres que hacen profesion
de personas de provecho
sin que al fin valgan de nada;
pero quien es?
Mad. Nada menos
que el Conde de Clarendon.
Creeis que será buen medio?
Cap. El Sobrino del Ministro?
es mi amigo verdadero;
y si quereis yo me encargo.
Mad. Me hace á mi el honor de serlo
mio tambien.
Bar. Esta casa
es suya.
Cap. Si con efecto.
Yo miraba quando entré:
pero ese criado terco
me arrebató la atencion;
y ahora es quando me acuerdo
que es alguno de los suyos.
Ya conozco todo eso.
Amigo , que lindas cenas
nos há dado en este mesmo
salon ! es como él le llama
su casa chica.
Mad. Muy bueno!
chica es la casa , Señor?
Bar. Sea chica, ò grande , debemos
disputar sobre una voz?
basta que fino y atento
nos la preste. Habrá una hora
que estuvo en persona à vernos,
y por algunos negocios
urgentes se fue tan presto.
Cap. Oy ? yo creia que estaba
en Vindsor.
Bar. Al mismo tiempo
acababa de llegar.
Cap. Es verdad. Ya lo comprehendo
que

que su casamiento se hace
en Londres.
Mad. y Eug. Su casamiento?
Cap. Si, mañana; pero ustedes
me confunden con misterios.
No es posible que lo ignoren
siendo tan suyo, y habiendo
estado aqui à verlas.
Bar. Yo
ya estoi harto de saberlo.
Mad. Que! es esto como la casa
chica. Mas que estais diciendo? *bur.*
que casamiento?
Cap. El mayor
que se habrá visto en el Reyno.
La hija del Conde de
Vinchester con un sobervio
dote; Dama muy discreta,
muy linda, y un gran gobierno
que da el Rey al joven Conde,
manifestando el aprecio
que le deben ambas casas.
Eug. Donde me esconderé, Cielos! *ap.*
Mad. Muy bien ponderado! mas
con tantas señas yo apuesto
à que no hay una palabra
de verdad en todo ello.
Cap. Como? seriamente? una
vez que asi niega los hechos
tan claros esta Señora,
nada mas que añadir tengo.
Bar. Capitan, es verdad que el
lo ha negado como un perro.
Cap. Pero yo que de su Tio
soy amigo tan estrecho,
que paso con el la vida
y que soy su compañero
continuo en el gabinete,
en la mesa y el paseo:
yo que he sido consultado
desde los pasos primeros
en el asunto... En fin sea
lo que ustedes quieran; pero
las ricas libreas hechas,
los coches, los aderezos
magnificos de diamantes
comprados, todo el sobervio
aparato de la casa
adornada al mayor precio
y mejor gusto, el contrato
firmado del Conde mesmo
ante mi, serán químeras?
Eug. Ha desdichada!
Bar. Pues esto
me parece positivo.
Vaya, hermana, ¿que argumento
habrá en encontra?
Mad. Que el Señor,
habrá visto en algun sueño
todo quanto ha referido:
porque yo se bien que nuestro
Conde está empeñado en
otra parte.
Cap. No lo niego.
Si Señora; alguna Dama
infeliz que añadiremos
à las muchas de quien el
se ha burlado: y el sugeto
es bien conocido por
esas mañas. Yo me ácuerdo
de haber oído decir
que un capricho pasagero
nos le habia embelesado
por algunos dias lejos
de la Ciudad.
Mad. ¿Un capricho
pasagero?
Bar. Alguna joven
incauta de quien ha hecho
burla: ¿y luego la ha dejado?
Cap. Ciertamente.
Bar. Bien! me alegro
que de quando en quando haya
una que sirva de exemplo
à las demás; y eso hace
que tengan mas miramiento
las Señoritas, y no
escuchen à los mozuelos
sus ponderadas pasiones:
y eso sirve de escarmiento
à los padres y à las madres.
Amigo, yo lo celebro.
Eug. Yo no puedo sostener *ap.*
mas mi dolor: yo fallezco.
Cap. La Señorita parece
que está indispuesta.
Bar. Qué es esto?
qué sientes hija querida?

estás mala?
Eug. No me siento
nada buena, padre mio.
Mad. ¿No te lo dixe yo à tiempo,
sobrina; que era mejor
retirarnos? vén: dexemos
á los Señores contarse
los maravillosos cuentos
de su mocedad. *vanse.*
Bar. Amigo,
perdonad.
Cap. Creed que llevo
gran parte de vuestra pena.
A Dios Baron.
Bar. Lo que os ruego
que no olvideis à mi hijo:
¿como es el nombre supuesto
que me dijisteis?
Cap. Campley?
Bar. Campley? no es mal pensamiento.
Si no le escribo, quizá
no me acordaré. Es que tengo
aqui una carta que trata
algo de asesinos. Esto
de salir solo de noche,
solo... creed que este enredo
me inquieta.
Cap. Yo iré mañana
ácia el parque, y si le encuentro,
yo le serviré de escolta
hasta aqui.
Bar. Mirad que acepto
la palabra, á Dios amigo.
De vos fio mi sosiego.

ACTO III.

Salen Drinc y Roberto riñendo, y Betsi estará sacando ropa de su baul, y quando hable se volverá à ellos.

Drin. Yo te suplico que no
te mezeles en mis cuydados;
quando yo respondo que
no hay nadie en casa, ¿un lacayo
debe permitir entrar
à las gentes?
Rob. Haceos cargo
de que es ese Capitan
muy amigo de mi Amo.
Drin. Que sea amigo del demonio
¿que importa? supones algo
tu en aquesta casa?
Bets. Callen
ustedes, ò hablen mas bajo;
porque mi Ama está indispuesta,
y recogida en su quarto.
Drin. Betsi, ¿tiene uste algo mas
que sacar de aqui, ò quitamos
estos baúles de enmedio?
Bets. Por mi puede usted quitarlos.
Drin. Pues que embarazan?
Bets. ¿A quien
no le embarazan los trastos?
Drin. Qué de prisa que anda usted?
Bets. Tengo los pies azogados. *vase.*
Drin. Si te vuelve à suceder...
Rob. Valgate la trampa, ¡y quanto
ruído por nada!
Drin. Quizá
puede importar mucho. Vamos.

Vanse llevando un baul. Sale Eugenia poco à poco pensativa. Betsi la da una silla. Sientase sin hablar, ni mirar llevando el pañuelo en los ojos. Betsi la contempla algun tiempo con lastima; suspira, y recogiendo alguna cosa de la mesa vase al quarto de su ama.

Eug. Ay Dios! quan en vano estoy
mi discurso fatigando
por disipar los pesares
que me cercan! quando trato
mas de consolarme, mas
me afligen mis sobresaltos.
No tengo à quien descubrir
mi corazon agitado.

Vuelven los criados por el segundo baul, y Eugenia calla en tanto que se van.

Eug. Ni aun tengo el corto derecho
de mandar à los criados.
Oh fatalidad! Oh Tia!
solo un golpe aventurado
me hace depender de todos:
Ah madre mia! oy es quando
debo lloraros de veras.
Esto es sufrir demasiado.
Levantase con viveza.
Aunque de mi confesion
sé que resulta el estrago
de mi vida, lo sabrá

todo mi padre. El estado
mas terrible no ha de ser
peor que en el que me hallo.
Solo temo que mi Tia...
Pero este es debil reparo.
Oy todo debe ceder
al respeto de mi amado
padre. Muger desdichada!
antes era necesario
que hubieras pensado asi.
Aqui sale. Yo desmayo.
Dejase caer en la silla. Sale el Baron.
Bar. A que has vuelto à salir niña?
tu desasosiego extraño
me inquieta.
Eug. Que le diré?
Bar. Los ojos tienes cargados,
y en tu semblante aparecen
la tribulacion y el llanto.
Tu Tia te habrá quizá...
Eug. No, no Señor; su agasajo,
sus bondades y las vuestras
siempre me están adulando.
Bar. Pues ella defiende que
yo te aflijo y te acobardo;
y yo con el Capitan
solo me estaba chanceando
por contradecirla un poco,
y porque me daba enfado
verla tan enamorada
de ese Conde casquivano;
quien, à decirte verdad,
es el sujeto mas malo,
y mas perjudicial... Luego
que de él se la dice algo,
tu Tia salta á la cara
hecha una tigre. ¿Qué cuidado
se nos da à nosotros de
que haya pegado un petardo
à una loca presumida
y despues la haya burlado?
no será la ultima, no:
que el Señorito es bellaco
de profesion, y en el mundo
hay pocos oídos cautos
que resistan, ni conozcan
los ardides de un asalto.
Bien se que mejor seria
no reirnos de estos chascos;
pero quando no interesan,
y concurren en el caso
graciosas las circunstancias
suelen divertir un rato.
Tu Tia es una muger
terrible; su genio agrio;
y si la conversacion
nuestra al fin te ha disgustado;
perdona, niña.
Eug. ¡Estoy fuera
de mi!
Bar. Ven aca, regalo
unico mio; tu eres
honesta, dulce en el trato,
obediente; tu eres digna
de mi amor y mis agrados.
Eug. Ah! padre mio!
Bar. ¿Qué tienes
hija? voy desconfiando
de ti, no me quieres ya
como antes.
Eug. ¡Ah padre amado! *Arrojase à sus pies.*
Ba. Pero que tienes? qué es esto?
¡no te conozco! te extraño!
Eug. Yo soy...
Bar. Como que yo soy?
Eug. Vos la mirais.
Bar. ¿Qué recato
es ese? ya me impacientas:
¡qué es lo que yo estoy mirando!
Eug. Yo soy... el Conde... mi padre.
Temblando.
Bar. Yo soy... el Conde... habla claro.
Dí: ¿serás tu la infeliz
de quien estamos hablando!
Eug. Estoy casada.
Bar. ¿Casada
sin bendecirte mi mano,
y sin mi consentimiento?
Eugenia ha estado cabizbaja hasta las rodillas de su padre sin hablar. El Baron se levanta, y la echa de si con indignacion. Ella se cae. Un impulso de ternura hace al Baron volver para levantarla, y sale Madama corriendo.
Mad. ¿Qué gritos descompasados
son estos? qué ruido es este?
sobre quien descarga el rayo?

Bar. Hermana, hermana, dejadme.
Yo os habia confiado
la educacion de mi hija;
pero al fin felicitaos,
pues sin que nadie lo sepa
la insolente se ha casado.
Mad. Yo lo se.
Bar. ¿Vos lo sabeis?
Mad. Si; yo lo se; sosegaos.
Bar. Y quien soy yo!
Mad. Sois un hombre
el mas violento, mas raro,
mas irracional de toda
Inglaterra.
Bar. Pero quando *con furor.*
vos me hareis morir con vuestra
frialdad? quando me abraso
de furor, os atreveis
à injuriarme? quando acabo
de saber...
Mad. Ha hecho muy mal
en hablar. Yo por lo tanto
se lo habia prohibido:
y por solo haber faltado
à mis preceptos merece
el susto que la estais dando.
Eug. Tia, no le irriteis mas;
bastante infelíz me hallo.
Mad. Tu dejame hablar, Condesa.
Bar. Condesa?
Mad. No hay que dudarlo:
Si Señor, Condesa, y
yo, yo soy quien la ha casado
de mi propia autoridad
con el ilustre, el gallardo
Lord Conde de Clarendon.
Bar. Con ese hombre tan malvado?
Mad. Con el mismo.
Bar. Bien debia
yo temer de vuestros vanos
ridiculos pensamientos
todo mi presente daño.
Mad. ¿Y qué objeciones teneis
que ponerle?
Bar. Muchos cargos
pudiera hacerle, y en uno
todos pretendo abrazarlos.
Es un atrevido, libre,
perseguidor declarado
de la honestidad.
Mad. No ha mucho
que le estabais alabando.
Bar. Es debil ese argumento.
Yo alababa su bizarro
espiritu, su instruccion;
su persona, su buen trato:
ventajas que le distinguen,
y me hubieran obligado
á temerle mas que à otros;
pues abusa de tan altos
meritos, y calidad,
por sus vicios despreciando
su opinion.
Mad. ¿Qué siempre habeis
de pensar lo peor, hermano?
si ha vivido con alguna
libertad, como muchacho,
oy es el primero que
la condena, y yo le hallo
un hombre lleno de honor.
Bar. Con los hombres, y tirano
con las mugeres. Ya lo
dixe; pero vuestro fatuo
sexo tiene allá en su alma
un secreto voluntario
impulso de preferencia
à las gentes de ese bajo
caracter.
Eug. Ah padre mio!
si llegarais à tratarlo
mas, quizá os pesaria...
Bar. Tu harás eterno tu llanto
por no haberle conocido.
¿Podrá un juicio apasionado
juzgar de su seductor?
Mad. Pero yo...
Bar. Vos (no retrato
mi opinion) lo sois mil veces.
Es un hombre desalmado
incapaz de arrepentirse
de unas culpas, y unos daños,
en cuya multitud funda
sus delicias, fomentando
sin verguenza en las familias
agenas, unos agravios,
unos desordenes que
harian en igual caso
desesperar à la suya:

un hombre siempre inflamado
del deseo y del despresio
contra el honor tan sagrado
de las mugeres, y de entre
las quales anda buscando
su victima, ù eligiendo
complices de sus estragos.

Mad. Pero por malo que fuere,
alomenos convengamos,
que su muger está esenta
de aquese tan ponderado
y tan general desprecio,
Señor; y mientras mas alto
concepto tengais de Eugenia;
mas debeis aseguraros
de que podrán sus virtudes
corregirlo y sujetarlo.

Bar. Yo os doy gracias por mi hija,
y os agradezco el conato;
pues la gran felicidad
que al fin la habeis procurado
ha sido ligarla à un hombre
sin cordura, ni recato,
paraque vea el afecto
de su marido vagando
y dividido entre veinte
mugeres por todos lados
despreciables; vedla aqui
destinada por su daño
mientras llega una reforma
incierta à ahogarse en un llanto
perpetuo; del qual tendrá
su marido desalmado
la bajeza de triunfar
à sus ojos. El encanto
mas bello de la modestia
ha venido á ser esclavo
del hombre mas libre; cuyo
vil corazon estragado
tendrá por ridiculez
la ternura, el agasajo,
y la fidelidad propia
que en su muger va buscando.
Ah, Eugenia! yo te creia
de gusto mas delicado.

Eug. Pero al fin me lisongeo,
Señor, que un hombre tan malo
como vos decis, no hubiera
sido digno de mi agrado.

Mad. Ni el Conde es el hombre à quien
se parece ese retrato
que vos haceis. Puede ser
que de aquel fuego agitado
de la primera juventud
olvidase que es un Argos
el pueblo que las costumbres
de todos está mirando;
pero....

Bar. ¿Y que seguridad
decid, ha podido daros
para en adelante, un hombre
que hasta ahora ha despreciado
su opinion, y la censura
del publico ilustre, y llano
en punto tan importante?

Mad. Seguridad? todo quanto
inspira la confianza
de que el talento, y los años
afirman la estimacion
y fama de los humanos.
La franqueza de su genio
con que dista tantos grados
de disfrazar aun lo mismo,
que le puede ser contrario:
su proceder generoso
con los sujetos mas bajos:
su afabilidad bizarra
aun con sus mismos criados,
y en fin la bondad de su
corazon interesado
en aliviar à su especie
de los comunes trabajos.

Eug. Padre mio, os aseguro
que no es, como habeis pensado,
nuestro Conde un enemigo
de la virtud.

Bar. No lo extraño;
que en aquellos que queremos
defender, todos sus actos,
y aun sus vicios se graduan
de virtudes. Es humano,
grande, liberal; todo esto
es un prodigio: es un pasmo
de la sociedad: no se hallan
meritos mas elevados.
¿Y que sacamos en limpio?

Mad. Que un hombre de tan hidalgo
caracter, tan bienhechor

de

de todo el genero humano
no ha de ser unicamente
injusto, cruel, tirano
con la cosa que mas quiere.

Bar. Ojala. Mas...

Eug. Padre amado,
no me hagais por Dios la injuria
de creer mal empleado
mi amor.

Bar. Hija mia, el alma
del hombre impuro es un caos
dificil de penetrar;
y temo esperas en vaño
la favorable mudanza
de su conducta.

Mad. Yo salgo
por fianza de que adora
à Eugeñia.

Bar. Vaya, id echando
terminos de ese embustero
maldito vocabulario
de nuestro siglo. Adorar?
qué dulces quedan sus labios!
los hombres de bien estiman
á sus mugeres: los malos
y engañosos las adoran;
pero aunque les cueste caro,
las mugeres solo quieren
ser adoradas.

Mad. Yo aguardo
que mudareis de dictamen,
quando sepais que esperamos
de aquesta union tan perfecta
un fruto...

Bar. Vamos de espacio.
Como?

Mad. Quando antes de mucho...

Bar. Es esto verdad? dí; vamos.

Eug. Querido padre, colmad
con vuestro piadoso brazo
la dicha de vuestra hija
bendiciendola en su estado.

Bar. Mui bien, mui bien! y supuesto
que estamos en este caso,
hija, yo lo apruebo todo.
Ya es irremediable el daño. *ap.*

Eug. Ah Tia, de que gran peso
mi corazon se ha aliviado!

Mad. Condesa, abraza à tu padre.

Bar. Dexese allá sus condados,
y sea siempre mi Eugenia.

Eug. Siempre mi padre à quien amo
y venero: ah Conde! que
dia tan feliz para ambos!

Bar. Pero decid: si ya está
con ella el Conde casado,
¿que quiere decir esotro
casamiento? yo me hallo
aun confuso.

Eug. Esa noticia
fue la que improviso rayo
dividió mi corazon.

Mad. El nos lo dijo bien claro:
facilidades del vulgo,
y noticias de criados.

Bar. Eso no me satisface.

Mad. Ai está Drinc un muchacho
de quien el Conde se fia:
llamadle, y examinadlo.

Bar. Tiene usted razon; asi
saldremos de este pantano.

Tira de la campanilla: sale Drinc, al que agarra del cuello, y el se turba. Esta representacion será muy viva.

Ven acá, picaro, dime
quanto sabes del tratado
casamiento del Milord.

Drin. Del casamiento de mi Amo?
si, ya sabrán::- Mayordomo
maldito.

Bar. ¿Qué estás mascando?
ni que Mayordomo? habla.
Será fuerza darte un trato
de cuerda?

Drin. No, no Señor.
Por eso no hay que enfadaros:
¿es sobre este casamiento
lo que preguntas?

Bar. Si, vamos.

Drin. Aqui es preciso mentir. *ap.*
Señor es cierto el contrato.

Bar. Cierto? lo oye usted, hermana?

Mad. Señor, miente este borracho.

Drin. La verdad os digo, como
si estubiera agonizando.

Bar. Tu no mientas, miserable!

Drin. Ellos estan enterados
de todo, sin duda entró

alguna carta por alto.

Bar. Dime la verdad : porque
ya estoy del todo empeñado
en apurar por tu boca
toda la ponzoña al vaso.

Drin. Señor, pues ya lo sabeis:::

Bar. Traydor, confiesa de plano
la verdad.

Drin. Pues ya no sirve,
Señor, el disimularlo,
aqui teneis una carta
de Villans el temerario
Mayordomo de Milord.

Bar. Para quien?

Drin. ¿No está bien claro
el sobre escrito à Madama?

Mad. A mi porque? ¿desde quando
me viene esa preferencia?
¿pues que he puesto yo à su cargo,
ni que tengo yo que ver
con ese hombre? no lo alcanzo.

Drin. Qué teneis que vér? sus artes,
y sus astucias del diablo
hicieron el casamiento.

Mad. Hombre tu estás delirando.
Y la carta viene abierta. *Lee para sí.*

Bar. Pero dime, mentecato,
¿como ha de poder el Conde
casarse siendo casado
de secreto con mi hija?

Drin. Como? Señor... insensato!
es el nuevo casamiento
del que me habeis preguntado?

Bar. Pues de que otro puede ser?

Mad. ¡Oh vil accion! ¡Ah malvado!

Bar. Qué es eso?

Drin. A Dios Inglaterra. *vase.*

Mad. Es el lance mas extraño,
mas indigno! mi sobrina
no es su esposa. La hà burlado.

Eug. ¡Oh Dios todo poderoso!
Cae en una silla.

Mad. Este infame disfrazado
alli sirvió de Ministro:
su familia, su Palacio
de complices infernales.

Bar. Rabia, furor, para quando *patea.*
son vuestras iras, sino
me matais al escucharlo!
Oh mugeres, que habeis hecho!

Mad. Suspended por Dios, hermano,
vuestra justicia y baldones.
Atended solo al estado
en que se halla.

Eug. No Señora;
no le detengais. No hay daño
que tema, sino el vivir.
Yo vuestra colera inflamo,
padre, y yo misma la imploro.

Bar. Bien lo mereces. Ah flaco
sexo perfido! ah muger!
¡ah muger peligro franco,
sustos, turbacion, deshonra
de las familias! ahogaos
ahora en un sentimiento
tan inutil como amargo:
llorad, anegad los ojos
en el mar de vuestro llanto.
¿De que sirve? ¿habeis creído
ser venturosas faltando
à mi obediencia? creísteis
poder sin examinarlo,
atreveros á violar
impunemente el mas santo
derecho? ¿la obligacion
mas natural? el encargo
mas terrible de la ley,
que es el respeto mandado
observar, y la obediencia
à los padres; y mas quando
son los asuntos tan graves,
y los padres tan humanos
como yo para sus hijas,
que solo están anhelando
su buen establecimiento,
su placer y su regalo?
Tu te has atrevido à todo,
Eugenia, y todos tus pasos
en medio de la jornada
se hallan torcidos y flacos.
Has sido en fin seducida.
El deshonor y el escarnio
serán tus inseparables
compañeros. No habrá lado
donde mires que no veas
con rubor y con espanto
la imagen de tu desgracia.
Y sobre todo irritado

oy

oy el Cielo te castiga
con el eterno inmediato
abandono de tu padre,
y su maldicion que el alto
padre universal confirma,
quizá quando la declaro.
Quiere irse, ella le detiene abrazandose de sus rodillas.
Eug. Ah padre! tened piedad
de mi, no apreteis el lazo
de mi desesperacion,
y matadme en revocando
la ultima cruel sentencia,
Señor, que habeis pronunciado.
Bar. Quitateme de delante:
dexame alentar un rato *enterneci.*
lexos de ti: tu me has hecho
el hombre mas desgraciado,
mas triste, y mas despreciable
del mundo. *Vase poco à poco titubea.*
Eug. ¿En tal desamparo
me abandonais vos tambien!
Mad. Me agravias solo en pensarlo.
No, hija mia, no, y escucha.
Eug. Ah! Tia venid à echarnos
à las plantas de mi padre:
aplaquemosle, y salgamos
de una casa tan odiosa.
Mad. Tan diverso, tan contrario
es mi dictamen, que juzgo
que antes debemos quedarnos,
y que tu escribas al Conde
que sin falta, y con recato
esta noche venga à verte.
Eug. Solo con imaginarlo
me lleno de horror. Yo à él?
Mad. Es precisa en estos casos
la constancia. Yo no dudo
que vendrá de ti llamado.
Baldonarás su conducta:
le arguirás con su bastardo
proceder y su piedad.
Sabrá que tu padre ayrado
quiere implorar el auxilio
judicial, en desagravio
de su opinion; y el temor
de hacer publicos sus tratos,
ò un buen arrepentimiento
todo podrán enmendarlo.
Eug. ¿Y yo sería tan vil
despues de ver su villano
indigno corazon? yo
escribir disimulando?
¿respetaré yo jamás
à quien aborrezco tanto,
y no puedo estimar nunca?
¿Iré yo al pie de los Santos
Altares à jurar fé
à un perjuro que ha turbado
mi quietud? yo someterme
con tal baxeza al tirano
que triunfó de mi inocencia?
¿yo prometer mis halagos
eternos, y mi ternura
al perfido cuyas manos
al idolo de sus vicios,
mi honor ha sacrificado?
antes moriré mil veces.
Mad. Mira, hija, que en tan arduos
empeños, muerte, y oprobios
suelen ser los frutos agrios
de la desesperacion.
Eug. El oprobio? ¿pues acaso
tengo alguno que temér,
ya deshonrada con tantos
ultrages, abandonada
de todos, opresa baxo
la maldicion de mi padre,
sin asilo, sin descanso,
de mi misma aborrecida?
y en fin está ya obstinado
mi pecho: la muerte solo
es el arbitrio que aguardo. *vas.*
Mad. Ella me dexa, y no escribe.
Un padre furioso, avaro
de su gloria, que no cede
à los consejos mas sabios;
una hija desesperada
que funda solo en su estrago
la esperanza de su alivio;
un amante tan malvado
como poderoso, grande,
lleno de honores y aplausos,
de la Corte embebecido
en las pompas, y aparato
de una boda que mañana
cerrará todos los pasos,
y las veredas por donde

se puede atajar un daño
que yo debo contener,
pues yo soy la que le causo:
¡ah que horrible situacion!
venganza, sostén mi brazo.
Piensa un poco, y vuelve sobre si resuelta.
Yo misma voy à escribir
luego al Conde, pretextando
un grave asunto, y si viene;
traydor, tu pagarás caros
los pesares que por ti
padecemos y esperamos.

ACTO IV.

Sale Roberto con luz, y enciende las velas que se han apagado en el entreacto. Madama paseandose con un papel en la mano, y hablando consigo.

Mad. El vendrá. Le has esperado
mucho?
Rob. Aun no estaba en casa.
Y ella y la familia están
sumamente alborotadas,
anticipando el placer
de las bodas de mañana.
Está todo en tal desorden,
que apenas el Conde hallaba
sitio donde responderos
en pie esas quatro palabras.
Mad. El vendrá. Roberto escucha,
y no me alteres en nada
esta orden. Veté al Jardin
cerca de la puerta falsa:
estáte alli retirado,
y al punto que oygas pisadas,
y el sonido de una llave
en la zerradura, escapa
corriendo á darme el aviso,
que yo estaré en la antesala.
Rob. Pues por alli ha de venir?
Mad. Hazlo como se te manda:
él vendrá. Yo te aseguro *vase Rob.*
hombre indigno, hombre de mala
fé::- El partido es violento;
pero es el que mas se adapta
con el genio del Baron.
No obstante, bien es que vaya
à prevenirle. Aun hay tiempo. *Mira el relox.*
Su colera desahogada
ya, está dentro con su hija
empeñado en consolarla.
Asi es como yo le quiero;
que estas condiciones agrias
solamente la prudencia
es capáz de gobernarlas.
Pero ya sale; en su rostro
trae escrita su desgracia. *Sale el Bar.*
Señor, estais satisfecho?
poco os ha faltado para
quitar la vida à vuestra hija.
Sientase el Baron junto à la mesa.
Muchos gritos, mucha rabia
sin reflexion, ni reparo.
Bar. Los que han hecho el mal en casa
le echaron à los demas:
y esto es lo que à mi me pasa.
Mad. Pero un hombre temerario
que de todo se arrebata,
y se entrega à la violencia
de su pasion inhuma.
Bar. Vos abusais de mi estado
Levantase enfadado.
y de mi paciencia, hermana.
¿Habeis jurado matarme
á pesadumbres? ¡mal hayan
vuestras herencias! ¡que mal
nos han salido! guardadlas.
Dexadnos. No las queremos:
que son demasiado caras;
y en breve mi hija infelice
no necesitará nada.
Mad. Nunca sabeis resolveros.
Bar. Ya he resuelto, y con constancia.
Mad. Como?
Bar. Como iré à la Corte:
iré; me echaré à las plantas
del Rey. Yo se que me oirá.
No me volverá la espalda.
Y porque la volveria?
el es tambien padre, y varias
veces le he visto abrazar
à sus hijos.
Mad. Extremada
ideá! ¿y qué le diréis?
Bar. Lo que mas dicten mis ansias
y mi razon. Le diré:
Señor, oíd mis palabras;
vos sois padre: sois buen padre:
yo tambien; y confiaba

que el honor y la conducta
de mis hijos confirmáran
la virtud de sus abuelos,
y el zelo de mi crianza;
pero ya, Señor, de todo
desconfio por la infausta
suerte de un hijo infelíz,
y una hija malograda.
Entre vuestras grandes prendas
son las que mas os ensalzan
quizás las de tan humano,
tan bienhechor. Quando estaba
en peligro uno de vuestros
reales hijos, penetradas
de vuestras lagrimas tiernas,
visteis, Señor, nuestras almas,
y llorabamos con vos:
con que vuestra soberana
bondad no puede dexar
por padre justo, y Monarca
no ser sencible à las mias.
Mi hijo sacó la espada
y riñó; pero como hombre
de bien: él desde la infancia
sirve à vuestra Magestad
como sirvió entre las armas
Inglesas su visabuelo,
que fue muerto en la campaña
à los ojos de su Rey
vuestro antecesor, con tanta
gloria, que nunca el olvido
de Londres podrá borrarla.
Os sirve como mi padre:
quien al rigor de una bala
fue muerto en la ultima guerra
por defender à su patria.
Sirve al fin como servia
yo, que allá en Alemania
compré à costa de continuos
peligros, y de batallas
estos timbres que me dieron
enemigas cuchilladas.
Desabrocharé el vestido,
verá mis cicatrizadas
heridas; verá mi pecho;
me escuchará, y alentada
mi voz, añadiré entonces
con firmeza, mi demanda.
Un seductor en mi ausencia
ha violentado mi casa,
ha deshonrado à mi hija;
y no, Señor, porque haya
sido la facilidad
de ella complice en la infamia,
sino con un casamiento
supuesto, con circunstancias
tan criminales, tan viles,
que unas à otros agravan
la enormidad. Y asi puesto
à vuestros pies pido gracia
para mi hijo, y justicia
para mi hija desdichada.

Mad. Pero el seductor es hombre
calificado, y de alta
clase.

Bar. Si es calificado,
yo soy noble, no me faltan
meritos: en fin soy hombre.
El Rey es justo. A sus plantas
todas esas diferencias
se confunden, se avasallan
las Gerarquias. Yo soy
testigo de que el Rey trata
con igual cariño al pobre
labrador quando le habla,
que al mas grande y poderoso
de su Corte.

Mad. Señor, basta
sin ese recurso, nuestro
brazo para la venganza.

Bar. Si, venganza. Que lo entreguen
à las penas ordinarias,
y rigores de la ley.

Mad. A las leyes mas exactas
el poder, y los empeños
muchas veces las defraudan
su vigor: y sobre todo
él se ha de casar mañana.
El asunto no se debe
aventurar á una larga
solicitud, sino à un golpe
decisivo, y sin tardanza.
En fin, hermano, ya es tiempo
de no reservaros nada.
Antes que pasen dos horas
vereis dentro de esta sala
ser el Conde vuestro yerno,
ù perecer à estocadas.

Bar. Y como es eso?
Mad. Escuchadme.
Por mano de confianza
he enviado al Señor Duque
una muy circunstanciada
representacion de todas
las bastardias, è infamias
de su sobrino, callando
no obstante la reservada
idea de mi proyecto.
Eugenia desesperada
no me ha querido ayudar;
pero yo escribí una carta
por ella al Conde, diciendo
que venga á verme sin falta
esta noche.
Bar. Aquesta noche?
Mad. Vendrá por la puerta falsa,
y à las doce; ved aqui
su respuesta. Tengo armada
vuestra familia y la mia,
con orden que todos salgan
à sorprenderle en su quarto.
Tengo en la pieza inmediata
el Parroco prevenido,
y las cosas necesarias
al desposorio. Le haré
temblar en fin.
Bar. Como, hermana?
qué se dirá? una sorpresa?
una violencia tan rara?
Mad. No tubo tantos reparos
él, quando nos preparaba
el ultrage mas violento.
Bar. Tiene usted razon sobrada,
pero quando llegue, yo
le embestiré, y cara á cara,
reñiré con él.
Mad. ¿Y que
consiguirémos, si os mata?
Bar. Moriré con el consuelo,
de que no diga la fama
de mi, que he sobrevivido
à nuestras deshonras. *vase.*
Mad. Anda,
indocil viejo, que no
necesito de tus armas,
ni tus consejos. Yo sola
tuve la culpa de tantas
desdichas; pero tambien
sabré sola remediarlas.
Sale Rob. Señora, acabo de oír
ruído de llave que entraba
por la cerradura, y vengo.
Mad. Pues entremos pronto. Apaga
Roberto, apaga las luces.
Vanse acelerados apagando Roberto las luces de la mesa. Sale el Conde, con sombrero puesto, la espada en la mano, y con la otra conduce à Don Carlos, quien trae la espada debajo del brazo. El salon estará obscuro.
Cond. Ya teneis asegurada,
Señor, la vida; y aunque
habreis notado que haya
precedido aquel misterio
para entrar en esta casa,
sabed que es vuestra por mia:
estais herido?
Carl. Una bala
solamente me tocó
al soslayo en la casaca:
pero sepa yo à quien debo,
Señor, la vida y las gracias:
pues sin el dichoso acaso
que conduxo vuestra espada
à mi lado, ciertamente
pereciera à la ventaja
de quatro picaros, que
desprevenido me asaltan.
Cond. Mi accion fue muy natural;
y no creo que hice nada
mas de lo que por vos mismo
en iguales circunstancias
hubierades hecho vos.
Yo soy el Conde que llaman
de Clarendon.
Carl. Como? el Conde
de Clarendon? pues aun pasa
adelante mi ventura,
que os deberé vida y fama.
Cond. ¿Como tendré tanta dicha?
Carl. Yo se teneis unas cartas
á mi favor de Dublin.
Cond. ¡Casualidad bien estraña!
¿sois acaso el Cavallero
de Campley, por quien mi hermana
y mi prima se interesan

tanto

tanto ? y con tal eficacia
à vuestro favor me escriben,
de suerte que deseaba
conocer las bellas prendas,
que dicen que os acompañan.
Carl. Aunque esas tan poco aqui
á mis meritos igualan,
soy el mismo. Cinco dias
ha que llegué de campaña
à Londres : me he presentado
cada noche en vuestra casa.
Oí que acababais de
salir á pié ; corrí para
presentarme , y quando pronto
para alcanzaros estaba,
me acometió como visteis
toda aquella vil canalla;
que por cierto es la segunda
vez despues de mi llegada,
y la que sin vos quizá
sus intenciones lográra.
Cond. Me alegro mucho de haber
podido , aunque con tan rara
casualidad , empezar
à dexar desempeñada
mi obligacion en servicio,
Señor , de vuestra gallarda
persona , tan justamente
y tan bien recomendada.
Carl. Aunque no es el nombre mio
Campley , en toda la marcha
y en Londres es el que he usado.
Cond. Si ; me acuerdo que mi hermana
me dice que un grave asunto,
y de honor os obligaba
à la fuga , y á ocultarle.
Carl. Mi Coronel es la causa:
él solo es quien me persigue;
pero al fin por la venganza
de que se vale , podeis
juzgar sin que yo lo añada,
el hombre que es mi contrario.
Cond. Eso es indígno. Mañana
hablarémos , y esta noche
conmigo habeis de pasarla
toda. Despues en mi quarto
mismo os pondrán una cama.
No obstante , amigo , de hallarme
con vos en tan arriesgada,
tan critica situacion::-
Carl. Si de vuestra confianza,
Señor , puedo yo ser digno,
mandadme.
Cond. Las circunstancias
me obligan à revelaros
un secreto. En esta casa
me han citado para cierta
conversacion reservada.
Solo à ella venia ; quando
se ofreció la afortunada
ocasion de seros util.
Carl. Pues , Señor , aprovechadla
ahora : que el tiempo es precioso,
y conmigo le malgasta
Vuecelencia.
Cond. No es por cierto
por mas apariencia que haya,
lo que mas imaginais. ¿ Sabeis
que las bodas que se tratan
por interés nos obligan
à romper con repugnancia
muchas veces unos nudos
mas gratos , y que afianzan
con vinculos mas amables
los intereses del alma?
pues esta es precisamente
mi novela. Una muchacha
preciosa que quiero mucho,
y ha mostrado bien que paga
mis finezas , está aqui
con su familia alojada:
ha sabido que me caso,
y me ha escrito que me aguarda
en punto de media noche.
Vengo al fin , pero con harta
confusion. Os lo confieso;
y dudo como aplacarla.
Carl. Será alguna mugercilla,
de estas desembarazadas.
Cond. Nada menos : lo contrario
es lo que mas me embaraza;
pues ya debo sospechar
que algun dia tenga malas
resultas , este negocio.
Hay una illustre prosapia,
y un hermano de por medio; *Un golp.*
mas la seña que esperaba
oygo. Aguardad un instante

Le conduce à la puerta del jardin, y vuelve en el jardin. Ya veis hasta donde con vuestra amistad se estiende mi confianza.

Salen Madama, Eugenia, y Betsi trae una luz con que enciende las de la mesa, y se vá; y el Conde dexa el espadin sobre una silla inmediata à la puerta.

Mad. Eugenia, no te resistas: que es preciso que lo hagas absolutamente.

Cond. Llega *ap.* llena de temor el alma. Un papel que he recibido tuyo, me ha dexado elada la sangre, y estas dos horas que hasta las que me señalas en él han intermediado, han sido las mas infaustas, mas crueles de mi vida.

Mad. No es, Señor, vuestra tardanza la que habeis de defender.

Cond. ¿Tambien vos conmigo airada? ¿qué modo de recibirme es este? no se á que causa lo atribuya.

Mad. Descended si quereis averiguarla, à vuestro corazon mismo, y juzgaos.

Cond. Pues las falsas voces de mi casamiento, pueden perturbar::-

Eug. ¡Villana disimulacion!

Mad. No apures ahora tus desmayadas fuerzas, Eugenia. Con que todo quanto aqui se habla sobre el asunto, no es mas que una idéa imaginaria.

Cond. Reflexionad bien, Señora, lo pasado, y sosegada juzgad vos misma, y vereis cómo es facil que tratára yo::-

Mad. Parece que os turbais?

Cond. Quando vos por mi desgracia no creais, invocaré las bondades de mi amada Eugenia.

Mad. ¿Porque, decid, no os atreveis à llamarla vuestra muger?

Eug. Quien dixera, *ap.* que aun era capáz mi rabia de llegar à tal extremo!

Cond. A la verdad que me páran unos discursos tan nuevos. Señora, unas ojeadas tan adustas, sin que pueda saber sobre que recaigan::-

Mad. Desmiente, vil seductor, el testimonio que acaba de dar tu complice odioso; y desmiente el de tu mala conciencia que trae escrita sobre tu frente la infamia, y el horror de tus delitos confundidos. ¿Que te espanta? lee, lee.

Cond. Soy de marmol!

Despues de haber leido.

Mi culpa está averiguada.

Mad. Muerto ha quedado.

Cond. Confieso que lo estoy, y que no hallan mis sentimientos disculpa suficiente, quando tantas apariencias me condenan. Mi corazon se delata culpado; pero el temor de perder tan suspirada digna prenda, y el de un Tio poderoso en quien fundaba mi fortuna, me obligaron al error de asegurarla por unos medios indignos; pero os juro, que no haya para remediarlo todo, medio de que no me valga.

Mad. Y mas breve que tu piensas.

Cond. Eugenia, fuiste ultrajada; pero tu virtud por eso no dexa de ser tan clara, y pura como al principio: no caerá la menor mancha en ella, por mi injusticia.

Este

Este secreto afianza,
y responde de tu honor:
y si tu menos ayrada
te dignases de premiar
mi amor con tu mano blanca,
¿quien, sino mis conveniencias
serán las perjudicadas?
El amante y el esposo
serán solo uno à las plantas
y à los ojos de mi Eugenia;
y á la culpa perdonada
un dia seguirá el fruto
de la union estrecha y santa
que haga por eternidades
feliz mi amor, y tus gracias.

Eug. Oh! el mas falso de los hombres!
vete lexos de mi. Aparta:
que me dán horror tus mismas
disimulaciones. Anda,
anda à jurar à los pies
de otra muger desgraciada,
adonde llegue ignorado
el aspid de tus palabras.
Ponderala sentimientos,
que no caben en las almas
perversas, ni tu conoces,
y vete sin esperanza
de que yo pueda ser tuya
de modo alguno. Arrestada
à todo sabré morir. *Vase.*

Mad. ¿Y podreis abandonarla
en dolor tan excesivo?

Cond. No, Señora: sus pisadas
voy siguiendo: ella se cree
Vase Madama con la luz.
sin honor: esto me basta:
ella es mia y será mia.
Ah! qué hice yo? ¿donde estaba
mi juicio? ¿à qué me atreví?
Ah! que para abandonarla
hubiera sido preciso
no haberla visto enfadada. *Sal. D. Carl.*

Carl. ¿Señor Conde?

Cond. ¿Sois Campley?

Carl. Si.

Cond. Perdonad la tardanza,
y aguardad solo un instante,
iremos juntos.

Carl. Entraba
para deciros que estando
la noche tan abanzada,
veo mucha gente en pié.

Cond. Son los criados de casa.
Vuelvo. *Vase.*

Carl. ¡Todo es confusion
y bullicio! Suben, baxan
y corren: he visto gentes
en el Jardin apostadas:
han cerrado ya las puertas:
el Conde, sino me engaña
la aprehension, está turbado.
Todo es ayre de borrasca
el que se siente, y recelo
que no quede en amenaza.

Sale Madama del quarto de Eugenia sin luz, y atraviesa el Salon.

Mad. El está à sus pies rendido,
y ella, aunque terca mas blanda.
El instante es favorable;
aprovechese. *vas. por la puer. del Jar.*

Carl. Jurára
que se parece esta voz::- *paseandose*
por cierto es indigna traza
la del Coronel. Mal hombre!
No eran los que me rodeaban
ladrones; no ciertamente;
¡pero quantos bienes, quantas
fortunas en la persona
del Conde se me preparan!
Mi libertador: Sugeto,
que conseguirá mi gracia
en la Corte por su Tio.
¡O quantos titulos para
creerlo! Mas ruido siento,
y no lexos de esta sala.
Oygamos:

Sale Mad. No habeis de entrar
à los Criados que vienen con ella
ninguno, hasta que se os haga
la seña, que os pondreis todos
cerca de la puerta en ala
para arrestarle al salir;
y ved que si se os escapa
respondereis con la vida.

Vanse los Criados al Jardin, y Madama al quarto de Eugenia.

Carl. Aqui hay tricion declarada.
¿Si seré yo tan dichoso

que al instante satisfaga
la vida á mi nuevo amigo? *Sal. el Bar.*

Bar. El proyecto de mi hermana
me inquieta. ¡Qué mal un daño
sucedido se restaura!
Aqui ha de estar Clarendon.

Carl. Sea quien fuere, esta raya
no pase. *Le pone al pecho el espadin.*

Bar. ¿Quien es el osado
que lo estorvará? *Saca la espada.*

Carl. Esta espada.
O retirate, ò te mato.

Bar. ¿Y quien es quien me lo manda?
Salen con luz y armas los Criados.
mi hijo!

Carl. Cielos, mi Padre!

Bar. ¿Por qué aventura te hallas
en mi casa, y á estas horas?

Carl. ¿Esta es, Señor, vuestra casa?
¿y de quien es aquel quarto?

Bar. Este es, hijo, el de tu hermana.

Carl. ¡Gran Dios, y que indignidad!
¿yo hago á mi deshonra espaldas?

Sale Madama.

Mad. Don Carlos! Sobrino! el Cielo
sin duda nos le prepara.

Carl. ¡Trance horrible! y no se qual
pesa mas en la balanza,
del pundonor, mi deshonra,
ó mi ingratitud.

Mad. La saña
prevenid todos, que sale.

Carl. Mi libertador, mi hermana::-

Mad. Tú vacilas?

Carl. No vacilo,
no, ya están determinadas
mi iras.

Mad. Cercadle todos.

Al ruido abre la puerta Eugenia, y detiene al Conde. Salen con Betsi; y Don Carlos que ha tenido desnudo el espadin, va à tomar el de el Conde.

Eug. Ved, que armados os aguardan.
No salgais.

Cond. ¿Me hacen traicion?
Amigo, dadme mi espada.

Eug. Mi hermano!

Cond. Su hermano!

Carl. Si, su hermano.

Cond. ¿Asi se me trata?
¿Asi pues me habeis traído
engañado, á la venganza
mas criminal?

Eug. El me acusa.

Cond. ¿Tu desdén al fin, ingrata,
no era mas que fingimiento,
por dar tiempo à que se armáran
y pudieran sorprenderme?

Eug. Esta es mi ultima desgracia.
Cae en una silla desmayada.

Mad. En vano son todos esos
discursos. En dos palabras,
ò desposarse, ò morir
primero que de aqui salgas.

Cond. ¿Y cederé yo à un motivo
tan vil? Daré yo forzada
mi mano por temor? Nunca.

Mad. ¿Qué prometiste con tantas
lagrimas habrá un instante?

Cond. Entonces con justa causa
rendia el culto debido
á una virtud agraviada;
mas podia su dolor
conmigo, que quantas armas
tiene toda la Inglaterra.
Sus ojos me penetraban
el corazon: en fin iba
à triunfar; pero trocadas
ya mis idéas, desprecio
unos asesinos.

Bar. Basta.
¿Tú me has creído capáz
de serlo? ¿Tú por la vara
criminal de tu conducta,
mides al fin mi constancia
y mi obligacion?

Mad. Asidlo.

Carl. Dexadle.

Mad. Haced lo que os manda
mi voz. Asidle.

Carl. El primero
que pase de aquesta raya
morirá.

Madama desesperada se tira en una silla, cruzando los brazos sobre la frente; y dice el Baron à los Criados.

Bar. Dexad à mi hijo.

Carl. De mi proprio me afrentára,

Con-

Conde, si reconocido
que le debo à vuestra espada
la vida, con ella vuestra
defensa no me empeñára.
Los medios que se han tomado
contra vos, rubor me causan,
como indignos de personas,
que nacieron obligadas
por sí mismas, á vencer
sus contrarios sin ventajas.
La vida que os debo, os doy,
para no deberos nada.
Tomad vuestra espada, y solo
os la doy para emplearla
contra mí. Ya estamos libres
los dos: vos de esta venganza
cruel, y yo de mi deuda.
Salid, Señor, por la falsa
puerta del Jardin que entrasteis,
seguro de que os resguarda
por oy mi valor la vida;
y nos verémos mañana.
Cond. Señor, yo::: espero::: si aqui:::
os aguardaré en mi casa.
Turbado mirando à Eug. y Car. y vase.
Mad. En fin, Carlos, ¿has venido
aqui solamente, para
sacarle de nuestras manos?
Carl. Ay! que no sabeis bien quanta
lastima me tendreis todos,
quando sepais::- (¡ah tirana
ley de honor!) yo os vengaré;
vivid con esa esperanza.
Pero Eugenia que fue siempre
por su genio, y por sus gracias,
tan aplaudida de todos,
las delicias de su patria,
y su familia::-
Mad. Don Carlos,
vengad solo à vuestra hermana,
y no la culpeis. Ella es
victima sacrificada
inocentemente. Entremos,
y prevenid toda el alma
al horror de las maldades
del Conde, antes de escucharlas.
Carl. Ella está inocente? Ah! Eugenia,
perdona mi demasiada
facilidad, y recibe
en tus queridas y blancas
manos::- pero no me entiende.
¡Que haceis, Señora! Llevadla
á su quarto; socorredla;
pensad solo en consolarla.
Llevanla, y quedan el Baron y Carlos.
Y vos, ò padre infeliz!
dexad que en las vuestras haga
el juramento, y por ella
le recibid; si la rabia
que me oprime no me ahoga,
si el fuego que mis entrañas
devóra, no me consume,
os juro::- por vos, que es quanta
ponderacion cabe en mi;
que antes de que el Sol nos traiga
el dia, será su muerte
el fruto de mi venganza.

ACTO V.

Salen Madama y Don Carlos.

Mad. Pues se ha sosegado un poco,
aqui podemos, sobrino,
hablar con mas libertad.
Carl. Despues de lo que he sabido,
¿que me queda que saber?
A tanto como habeis dicho
¿hay que añadir? El ultrage
y el horror han encendido
mi furor, ya yo no escucho
mas voz que la de mis brios.
La suerte está echada ya.
Morirá el cruel.
Sale Eugenia.
Eug. Qué he oído!
hermano?
Carl. Querida Eugenia?
infeliz! Si no hubo arbitrio
en mi para precaver,
ni evitar este delito;
tendré à lo menos la odiosa
vanidad, el triste alivio
de castigarle.
Eug. Detente:
¿què fruto de su castigo
puedes esperar?
Carl. Hermana,
quando no dexa el destino
escoger medios, es fuerza
hacer con ánimo activo

la necesidad virtud.

Eug. ¿Y para quando es el juício?
tu hablas de virtud, ¿y vas
á degollar á tu mismo
bienhechor, tu semejante?

Carl. ¿Mi semejante, un indigno
monstruo?

Eug. Si; pero es un monstruo
á quien la vida has debido.

Carl. Yo ya no le debo nada.

Eug. Gran Dios! calmad compasivo
tanta desesperacion.
Don Carlos, hermano mio,
en nombre de la ternura,
ò mas bien de los suspiros
y desgracias que me ahogan,
será menor el perjuício
de mi familia, estará
mi honor menos ofendido,
quando el nombre de un perjuro
se confunda en el olvido
del mundo. Y si vuestro intento
queda por nuestro enemigo
mas castigado, que golpe
tan cruel, tan excesivo,
tan terrible para un Padre!
¿Vos el apoyo mas digno
de su vejéz, exponeis
la vida? ¿el unico auxilio
de que tanto nécesita?
Y porqué? Por un delirio?
Por quien? Por una infelice
que todos vuestros altivos
esfuerzos salvar no pueden
de su deshonra. Yo espiro.

Carl. Vivirás, y vivirás
para gozar el alivio
de tu venganza.

Eug. No soy
digna de tan exquisito
empeño. ¿Quieren mas pruebas?
Ah! ¡que llega à lo infinito
lo que yo misma à mi misma
me menosprecio, y me humillo!
es tanto al fin, que no quiero
disimularlo contigo.
Aunque conozco que el Conde
es infame, aunque me irrito
contra él, y le detexto;
mi corazon no da indicios
de aborrecerle, antes hallo
que le ádora à pesar mio:
por mas animo que tengo
para despreciarle vivo,
muerto nada aplacaria
mi llanto por el mas fino.
Si le matas, sentiré
que el Conde no haya vencido,
y tu serás à mis ojos
el mas fiero basilisco.
Con baldones insensatos
verás como te persigo
en todas partes. Y en fin
diré que tu solo impío,
eres el que me ha privado
de mirarle arrepentido.

Carl. Mi excesiva tolerancia,
y mi honor desde el abismo
de sus ultrages se indignan
de tus discursos; mal digo:
desprecio tu llanto. A Dios:
que yo bolando camino
á cumplir mi obligacion,
ò al ultimo precipicio. *Vase.*

Eug. Barbaro, tente. ¡Qué horrible
demonstracion de cariño,
y amistad vas á ofrecerme!
La vista de su cuchillo,
ensangrentado, arrancado
y fuera del seno frio
de mi esposo! De mi esposo?
¿Labios, que es lo que habeis dicho?
¿que nombre habéis pronunciado?
Ah! Se turban mis sentidos,
y mis sollozos se ahogan

Mad. Modera los excesivos
extremos de tu afliccion.

Eug. No; jamás nadie ha sufrido,
ni puede sentir tormentos
mayores, que son los mios.
Ah! ingrato, si conocieras
el corazon que tus vicios
abandonan!

Mad. Hija mia,
consuelate, que el olvido,
y el secreto mas profundo
no dexáran á los siglos
memoria de tu desgracia,

y esperemos.
Eug. No confio
de nadie, ni nada espero.
Ya, Señora, he conocido
que no puedo dar un paso,
sin que me salga á impedirlo
la desdicha; y ojalá
hubiera primero visto
el sepulcro, que no el dia
en que faltando al debido
respeto á mi padre amado,
cedi cobarde y sin juício
á vuestras muchas instancias,
que tarde conozco y gimo.
Vuestra ternura cruel
fué quien me arrojó al peligro
en que ahora me hallo.
Mad. Qué es esto?
Eug. Yo no sé lo que me digo.
Ah Señora! perdonadme;
olvidad los desvaríos
de una infelíz. ¿Donde está
Don Carlos? El no me ha oído?
Ya quizá estará corriendo
la sangre que participo
del Conde, ò mi hermano. ¿Qual
estará muerto, ù herido? *Sal. el Baro.*
¿Padre, con que habeis dexado
á Carlos? ¿Tan pocos gritos
os dió la naturaleza
á favor de vuestro hijo?
Bar. ¿Crees tu mi corazon,
hija, menos afligido
que el tuyo? No aumentes, no,
mis penas, quando el invicto
brazo de tu hermano va
á reparar vengativo
todo nuestro mal, ò hacerle
mayor, si queda vencido.
Eug. ¡Qué vana esperanza! ò padre!
¿la venganza de su tio,
y de su familia no
se empeñará en perseguirlo
y en matarlo? ¿Nuestros deudos
mas sobervios, mas esquivos
que los suyos, dexarian
esta muerte sin castigo?
Ni terminará el estrago
hasta que se haya extinguido
la sangre de las dos casas
del todo.
Bar. Me encolerizo
mas al oírte. Imprudente;
responde, ¿como has tenido
tan credulo el corazon,
teniendo tan peregrinos
discursos para no serlo?
Mad. Carlos, presto vuelves. *Sal. Carl.*
Bar. Hijo,
¿quedamos vengados ya?
Carl. Aqui teneis, padre mio,
un infelíz. A dos pasos
de aqui encontré á mi enemigo:
quiso hablarme; no le escucho;
saco la espada; le obligo
á sacarla y defenderse:
y quando mas encendido
de su furor le cargaba,
(oh pese á mi!) de improviso
rota mi espada::-
Bar. ¿Y el Conde,
en aquel lance que hizo?
Carl. Su deber. Ya no tenemos
armas iguales me dixo:
no es bien que este asunto quede
entre los dos concluído
por una casualidad.
Yo vuestro valor envidio;
vuestro sentimiento apruebo:
conozco como vos mismo
las leyes que nos impone
á entrambos el honor. Idos,
que nos verémos en breve.
Y se fué.
Mad. Con mas motivo
para acelerar sus bodas;
que es lo que yo habia previsto.
Carl. Sin honor, ¿para qué quiero
la vida por quien respiro?
Hermana, querida Eugenia,
yo te habia prometido
un defensor; mas la suerte
se burló de mis designios
y mi esperanza.
Eug. Los Cielos
han mirado compasivos
mis lagrimas, y no quieren
que otro se halle comprehendido

en mi ruína. Padre amado,
tia mia, hermano mio,
¿sereis los tres mas crueles
que él? El dolor que oprimo
y me mata, va á borrar
la mancha que habia caído
en los blasones de vuestra
familia. Este sacrificio
es bastante, y es mas proprio.
Yo, yo sola he delinquido,
y el Cielo justo castiga
los yerros de mi alvedrío
con la deshonra y la muerte;
y para mayor suplicio,
con la desesperacion
de mis ultimos suspiros. *Sale Betsi.*

Betsi. Que llaman á toda prisa.

Mad. Tan temprano? yo adivino
que puede ser. Que no abran. *va. Bets.*

Bar. Pero porqué?

Mad. No es preciso
nos recelemos de un hombre
tan infame? con un tio::-

Bar. Qué pueden hacer?

Mad. Despues
de lo que aqui ha sucedido
esta noche, hermano, un orden
superior; y mi sobrino:: Qué sabemos?

Carl. No es capáz
el Conde de un hecho indigno.

Mad. El será capáz de todo
quanto sea perseguirnos.

Sale Betsi apresurada.

Betsi. El Conde de Clarendon
es.

Mad. y Carl. Clarendon?

Betsi. Yo lo he visto.

Bar. Yo lo quisiera.

Betsi. Por señas,
que trae el mismo vestido
que esta noche, y que se ha entrado.

Bar. El es. *Sale el Conde.*

Mad. Sin duda el iniquo
la quiere ver espirar.

Bar. Antes de lograr designio
tan barbaro morirá.
Defiendete.

Carl. Padre mio,
reparad que está sin armas;

Cond. Señores, solo he creído
puede el arrepentimiento
recompensar mis delitos.
Eugenia, tu sola triunfas.
Ya no soy el atrevido,
que engañandote insensato
se envilezía á sí mismo.
Te juro un amor eterno;
un respeto::- Mas que miro?
Dios! el horror, y la muerte
la postran. Decid que ha sido?

Carl. Esas noticias, Señor,
llegan muy tarde. El divino
objeto de vuestro llanto
no tiene ya los sentidos
en estado de que pasen
al corazon los alivios.

Cond. No, no, solo será efecto
de haberle sobrecogido
el corazon su desmayo.

Mad. No hay esperanza, ni arbitrio.

Cond. ¿Tan poco cuidado os da
su vida? Dexadme, impios,
lisongear de que mi culpa
no llegó á tanto. Mi hechizo,
Eugenia, querida esposa,
esposa, dime ¿ha perdido
ya su poder esta voz,
que tenia en tus oídos
y corazon tanto imperio?

Eug. O Dios! me habia parecido
verle.

Cond. No te engañas. Si:
yo soy: yo soy dueño mio.
Si la ambicion pudo hacerme
tirar por rumbo distinto,
ya vuelven honor y amor
á conducirme mas fino
á tus pies. Nuestras estrellas
con aspecto mas benigno
nos miran, y á renacer
volverá el placer antiguo.

Eug. Que me dexen, que me dexen.

Cond. Nunca podrás conseguirlo
de mi. Escuchame: esta noche
al punto que de este sitio
me separé, traspasada
el alma de tus desvios,
lleno el corazon de amor

ha-

hácia ti, y aun enemigo
tan digno de admiracion
fuíme á los pies de mi tio,
y le hice declaracion
de mis excesos. Ha visto
mi dolor, remordimientos,
y tu justicia: ha leído
aquel documento, tan
criminalmente fingido
de nuestra boda: con que
mis maldades autorizo
y tu virtud. Finalmente
mis ruegos han conseguido
su ternura, su perdon,
y que vea tan propicio
nuestro suspirado enlace,
que él proprio hubiera venido
á daros esta noticia,
y á ofreceros sus auxilios,
su proteccion y amistad,
á no haberle detenido
el temor, de que pudiera
aun todo su patrocinio
no obtener el perdon, que
mi error ha desmerecido.
Habla mi bien, y confirma
tu nuestro felíz destino.

Eug. Sois voz? Para responderos
brevemente he recogido
las pocas debiles fuerzas
que me restan. Os suplico,
Señor, no me interrumpais.
Al Señor Duque le estimo
la piedad, y le doy gracias.
Yo creo que arrepentido
hablais verdad, y que amor
ha hecho en vos este prodigio.
Pero el oprobio con que
habeis cubierto aquel limpio
cristal, que servir debia
para miraros vos mismo,
ha roto todos los nudos::-

Cond. Si; puedo por mil motivos
yo seros odioso; pero
vos sois mia. Mis delitos
nos han ligado de suerte,
que no es facil desunirnos.

Eug. Infelíz, que me acordais?

Cond. Nada habrá por conseguiros
que no intente, y en defecto
de otros derechos mas dignos,
llamaré à todas mis culpas
que me sirvan de testigos
y de pruebas: si, sois mia:
las penas, los parasismos,
el dolor de que os quexais,
mi ausencia, y mis artificios,
mi amor, mi arrepentimiento,
mis desaires, mis caprichos,
todo, todo nos enlaza,
y à vos os pone mas grillos
para negarme la mano:
ya no podeis algun sitio
escoger, que no sea en medio
de mi familia: su altivo
tronco robusto es ya solo
vuestra sombra y vuestro arrimo.
Consultad vuestros parientes,
consultad vuestro ofendido
honor, y tened la noble
firmeza de ver con juício
lo que os debeis á vos misma,
sin mirar lo que yo pido.

Bar. Lo que se debe es rehusar
con animo y rencor fixos
vuestras ofertas. No dexo
de quedar agradecido,
á vuestra resolucion
generosa; pero elijo
mas bien consolarla toda
mi vida, de los martirios
y ultrages que sufrirá
por haberos conocido,
que entregarsela á quien pudo
engañarla, con perjuícios
tan notorios, una vez;
y su firmeza, su estilo
terrible, la restituyen
mi estimacion y cariño.

Cond. Dexaos vencer, mi querida
Eugenia, de mis suspiros.
No podré sobrevivir
á vuestra obstinacion.

Eug. Idos.
No me atormenteis con quexas
inutiles. El partido
que he tomado, no se puede
trocar: ningun otro admito.
Aborrezco á todo el mundo.

Cond. Ya no tengo mas asilo,

ni otra esperanza, que vos,
Señora.
Mad. Yo no resisto
que ella os perdone: antes bien
lo consiento, y ratifico
con tal de que vos podais
perdonaros á vos mismo.
Cond. Teneis razon; tales reos
para siempre son indignos
de indultos, ni de venturas.
No me direis, ni habeis dicho
ya cosa que yo no sepa,
y habré quizá repetido.
Pero, cruel, quando el Cielo
y la tierra son testigos
de mi indignidad, ¿no oyes
en tu seno algunos gritos
del infeliz, que bien presto
ha de deber á tu abrigo
y á tus dolores la vida?
¿No ha de tener mas preciso
derecho, y mas justo, que
tu resolucion tu hijo?
Por él solo se interesa
el llanto que desperdicio.
¿Le quitará tu crueldad
el estado que es debido
ilustre de sus abuelos
que guardan tantos archivos?
¿Podrá tu honor ultrajado,
no ceder á los avisos
que dá la naturaleza?
Barbaros los mas esquivos
sois todos, si no os rendís
à mis razones. Lo afirmo.
Barbaros mas inhumanos
que aquel monstruo, que ha podido
abatirla de esta suerte,
y que á vuestros pies rendido,
va á fallecer con su esposa.
Padre.
Bar. Si; yo os la doy, hijo.
Cond. Eugenia.
Bar. Rindamonos,
hija, que el arrepentido
de veras está mas lexos
de recaer en los vicios;
que aquel que por ignorarlos
jamás los ha cometido.
Cond. Ella me perdona?
Eug. Al fin
tu vences, y yo me rindo.
Bien lo mereces. Tu gracia
en mi seno deposito,
y no puede serme odioso
el Padre que tanto estimo
de un hijo tan deseado.
Tia mia, hermano mio,
vuestros semblantes risueños,
me llenan de regocijo
á mi tambien.
Cond. ¡Aun no creo
la fortuna que consigo!
Eugenia me ha perdonado.
Este lance peregrino
nos hace tan venturosos;
como vosotros sois dignos
de serlo, y como quizá
yo tambien lo he merecido.
Carl. ¿Quantos elogios debemos
daros, mi querido amigo?
Cond. Me avergonzára, si solo
los fines que me han movido,
hubiera sido obtenerlos.
Lo primero, y mas preciso
la felicidad de Eugenia,
justificarme conmigo,
y la estimacion de todas
las gentes de bien han sido
el mobil de mis acciones,
y mis pretensiones.
Bar. Hijos,
cada uno de vosotros
con su deber ha cumplido.
Gozad de la recompensa.
Vivid felices un siglo;
pero no olvideis, que nadie
puede hallar en el camino
de la vida, bien seguro,
fuera de los exercicios
de la virtud. Ella es sola
Primavera sin Estío.
Cond. ¡Ah querida Eugenia!
Bar. El Cielo
os colme de beneficios.

FIN.

Barcelona: Por la Viuda Piferrer, vendese en su Libreria, Administrada por Juan Sellent; y en Madrid en la de Quiroga.